



## **CIRCULAR INFORMATIVA 20/95**

17 de Noviembre de 1995

### **ASAMBLEA DE CODA EN CALELLA**

Toda la información relativa a la próxima Asamblea General de la CODA os la remitimos en una Circular Extraordinaria que os adjuntamos, dentro de este mismo sobre.

### **ALTA DE GRUPOS**

Un nuevo grupo ha solicitado su ingreso en la CODA, su dirección es la siguiente:  
A. E. ALMUS, Apdo. 28607 El Alamo. Navalcarnero-Madrid

### **AGRADECIMIENTOS**

El G.E. Turón quiere agradecer a los siguientes grupos, así como a otros muchos que continúan enviando firmas, el apoyo recibido en su campaña en defensa del río Tajo:  
GODESA, OTUS-ATENEO, T.E.A., ERVA, AEDENAT-DOS HERMANAS, AEDENAT-ASTURIAS, ANAT-LANE APNAL, ANSE, MEDOFOSA, AEDENAT-BIERZO, G. E. DE ASPE Y GADEN.

### **GESTION DEL LOBO EN ASTURIAS**

El Grupo Ecologista EL CARBAYU os envía una carta para que enviéis a las direcciones indicadas dada la política que está llevando a cabo el Gobierno de Asturias en cuanto al lobo, las batidas y las indemnizaciones por daños causados por este. Las direcciones donde debéis dirigir la carta son las siguientes:

Presidente del Gobierno del Principado de Asturias.  
Palacio de la Presidencia del Gobierno Regional  
C/ Suarez de la Riva 11, 33007 Oviedo

Director de Parques Nacionales.  
C/ Gran Vía de San Francisco 4, Madrid

Consejero de Agricultura del Principado de Asturias. Edif. Servicios Múltiples, C/ Coronel Aranda 2, 33005 Oviedo

### **LEY DE FAUNA SILVESTRE**

Las agrupaciones ecologistas ANAT-LANE y LANDAZURIA os envían hojas de firmas para evitar que sea modificado el Artículo 22 de la Ley de Protección y Gestión de la Fauna Silvestre y sus Hábitats de Navarra. En este artículo se establece una "zona de protección circundante a las áreas de protección de la fauna silvestre entre 250 y 500 metros".

En la actualidad el Departamento de Medio Ambiente Ordenación del Territorio y Vivienda ha redactado un anteproyecto de Ley Foral de Espacios Naturales de Navarra en el que se rebaja de 500 a 250 metros el tamaño de la banda de protección además de que se podrán autorizar movimientos de tierras, apertura de pistas y caminos, roturación, deportes organizados, etc.

Por todo ello hay que oponerse a la modificación del citado artículo de la Ley de Fauna y Flora y al Anteproyecto de Ley de Espacios Naturales.

### **ROOBIN WOOD**

El grupo ecologista ARCO IRIS, os envía un ejemplar del nº 11 del boletín Roobin Wood de este otoño. También informa que ARCO IRIS ha pasado a formar parte del Consello Galego de Medio Ambiente, por lo que se brindan a canalizar cualquier solicitud.

Como no hay boletines suficientes pero sí muchos, a los grupos que no os llegue pero os interese pedirselo directamente al grupo en la siguiente dirección: ARCO IRIS, Apdo. 824, A Coruña.

### **FORO ALTERNATIVO**

Adjunto os enviamos el Manifiesto de la campaña "Contra la Europa del Capital" y un tríptico con información sobre las actividades que tiene preparadas el Foro Alternativo para las fechas del 11 al 16 de Diciembre.

### **PROYECTO EN LA MONTAÑA DE TINDAYA**

Un proyecto promovido por varias instituciones insulares pretende ubicar una obra del escultor Eduardo Chillida en un espacio protegido de la isla de Fuerteventura.

El Grupo Ecológico La Vinca gusta de todas las creaciones artísticas, pero considera que tanto el lugar escogido como el modo de obrar no son apropiados. Para apoyarles en sus reivindicaciones podéis enviar a cualquiera de las direcciones abajo indicadas la carta-modelo adjunta ó, si es posible, el escrito que vosotros redactéis.

D. José Manuel Alamo González  
Director General de Patrimonio Histórico  
Pza. de los Derechos Humanos, s/n 5ª planta  
Edif. de Usos Múltiples 35003 Las Palmas de G.C.  
GRAN CANARIA - CANARIAS

Ilmo. Sr. D. Idelfonso Chacón Negrín  
Presidente del Excmo. Cabildo Insular de Fuerteventura  
C/ Rosario, 7 Puerto del Rosario FUERTEVENTURA -CANARIAS

D. Antonio González Viéitez (dirección en carta-modelo)

Para mayor información, contactar con:  
GRUPO ECOLOGICO LA VINCA Telf. (928) 62 54 56

# Manifiesto

## DE LA CAMPAÑA CONTRA LA EUROPA DEL CAPITAL

### LA EUROPA DEL SIGLO XX:

### ¿DEL ESTADO COLONIAL AL "ESTADO UNICO"?

C ontemplada con la perspectiva de casi medio siglo, y enterrada ya en Bosnia la retórica institucional que intentó presentarla desde el principio como la gran epopeya de los pueblos de Europa en busca de la unidad y de la paz, la historia de la Unión Europea no pasa de ser un caso más de ampliación de mercados y defensa de intereses corporativos por procedimientos políticos, en la más pura tradición capitalista. Un espacio de mercado, sea cual sea su tamaño, nunca es suficientemente grande para un sistema económico que lleva inscrita en sus genes la necesidad de acumular y concentrar indefinidamente la riqueza y el poder.

Al término de la segunda guerra mundial, los gobernantes de los principales países de Europa comprendieron que el modelo europeo de imperio colonial tocaba a su fin como mecanismo privilegiado para la continua ampliación de sus respectivos mercados. Para los países vencidos, como Alemania e Italia, era evidente que la derrota cancelaba cualquier esperanza de conseguir un imperio propio. Pero para los países vencedores europeos (Francia y el Reino Unido, así como Bélgica y los Países Bajos), la victoria también estaba lejos de asegurarles la conservación de los extensos imperios coloniales con que todos ellos contaban, y que habían venido definiendo la propia forma del estado, y su comportamiento interior y exterior.

La guerra había alumbrado dos nuevas superpotencias indiscutibles, ambas no coloniales al modo tradicional europeo, con gigantescos mercados internos y áreas de influencia intocables y bien delimitadas en Yalta. Una y otra comenzaron de inmediato a estimular y a apoyar, en aras de la libertad mundial o de la revolución mundial, según los casos, a los movimientos de independencia que venían atisbándose desde los años treinta en las principales colonias africanas y asiáticas de Europa. Con sonrisa de amigo desde el otro lado del Atlántico, y con abierta hostilidad ideológica desde detrás del telón de acero, las dos superpotencias debilitaban así

a sus antiguos aliados europeos, y consolidaban sus respectivas posiciones hegemónicas.

Los grandes capitales nacionales europeos veían acercarse con horror un próximo futuro en el que sus mercados perderían sus antiguas posibilidades de expansión en las colonias ultramarinas bien protegidas de la competencia, y quedarían circunscritos a los territorios metropolitanos, con fronteras definitivamente fijadas por la guerra. Obviamente, el neocolonialismo estaba todavía por inventar, y aunque la internacionalización del capital tenía ya una larga historia tras de sí, el comercio internacional en términos de competencia real había venido siendo desde siempre un componente muy secundario en el conjunto de las actividades económicas. Las grandes corrientes de comercio internacional que habían llegado a alcanzarse tras un siglo de "libre comercio", hasta la crisis del 29 y la ola de proteccionismo subsiguiente, se habían basado en buena medida en las transacciones entre las metrópolis y sus respectivas colonias, que se contabilizaban estadísticamente como "comercio internacional". En cualquier caso, en las condiciones de la posguerra no parecía que las maltrechas empresas europeas pudieran competir en el terreno comercial con las grandes corporaciones norteamericanas, que habían salido de la contienda no sólo intactas, sino considerablemente reforzadas.

Los grandes capitales europeos se veían, en suma, cogidos al Este y al Oeste en la tenaza de las dos superpotencias, obligados a retirarse de sus posesiones ultramarinas en el Sur, y con la perspectiva de quedar pronto constreñidos a estrechos mercados domésticos con poblaciones empobrecidas por la guerra, que además en algunos países eran todavía rurales y autosuficientes en proporciones nada desdeñables. La única solución que quedaba era la de "colonizarse" en cierto modo a sí mismos, esto es, reconstruir sobre las espaldas de sus propios ciudadanos los grandes mercados que la nueva geopolítica mundial parecía negarles.

## EL “IDEAL EUROPEO”: UNA REINVENCIÓN INTERESADA

**E**l discurso de la unificación europea distaba mucho de ser una novedad cuando los “Padres de la Unión Europea” lo relanzaron en los últimos años cuarenta. Desde los finales del siglo anterior, Victor Hugo, Zola y otros pensadores habían venido proponiendo un futuro de fraternidad europea sobre la base de la creación de unos “Estados Unidos de Europa”. En su época, en plena euforia colonial, estos visionarios no sólo no encontraron ningún eco institucional o social, sino que fueron tachados de antipatrióticos y traidores. Medio siglo después, las mismas visiones, proclamadas en términos prácticamente idénticos por los nuevos “Padres de Europa” en el escenario de la segunda posguerra europea, iban a hallar una sorprendente aceptación. Las mismas clases dirigentes nacionales que se habían venido disputando a dentelladas los extensos mercados y los preciosos recursos de los imperios ultramarinos, enviando a sus jóvenes a morir por ellos generación tras generación, abrazaban súbitamente los ideales de la paz, la unidad y el destino solidario de los pueblos de Europa... expresados en forma de un gran Mercado Común.

Hubo, lógicamente, algunas resistencias iniciales. Algunas burguesías coloniales intentaron conservar sus privilegios poniendo diques a las avalanchas de la independencia. En su intento provocaron guerras que desangraron a Francia -y mucho más a sus colonias-, y llevaron al borde del abismo a otros países, como Bélgica e incluso Holanda. El Reino Unido, con su proverbial obstinación, intentó aferrarse durante un tiempo al sueño de un gran mercado propio en la Commonwealth, pero en poco más de una década se rindió también a la evidencia.

En realidad, ya desde comienzos de los años cincuenta -el Tratado de París data de 1951-, la suerte estaba echada. Los elementos rectores del gran capitalismo europeo estaban convencidos de que el gran mercado que necesitaban para asegurarse un largo período de expansión y acumulación, tenía que ser construido, en primer lugar, dentro de sus propias fronteras. Este planteamiento se veía, además, favorecido por el hecho de que en la segunda posguerra europea no se reprodujo la resistencia social que siguió a la primera guerra mundial, y que se hubiera podido de nuevo esperar por las consecuencias de la destrucción. La negativa experiencia de las indemnizaciones de guerra que impuso el Tratado de Versalles no se volvió a repetir.

El Plan Marshall de 1947 aportó un colchón financiero que permitió aprovechar la paz social que parecía ofrecer el reparto de Europa en Yalta y Postdam. La colaboración de los partidos socialdemócratas y comunistas con los gobiernos de reconstrucción nacional garantizaron el consenso social necesario para poner en marcha el proyecto europeo.

No debe olvidarse, sin embargo, que el proyecto europeo estuvo desde el principio estrechamente asociado a la nueva forma de enfrentamiento entre los países europeos que constituyó la llamada “guerra fría”, la cual sancionó como en pocos períodos de la historia del continente la división tajante de éste en dos bloques irreconciliables. Se denominó proyecto “europeo” al proceso de unificación de uno de los dos bloques enfrentados, que ni siquiera contaba con la mayor parte de la población de Europa. Esa división se estableció bajo la sombra del arma nuclear y por imposición en buena medida de una potencia exterior al continente: los Estados Unidos de América. Desde sus inicios, las estructuras “europeístas” convivieron estrechamente con las estructuras militares de la OTAN. Dista de ser casual el hecho de que las oficinas centrales de ambas instituciones fuesen ubicadas en la misma ciudad, y bastante próximas entre sí. Mientras en unas se administraba el “proyecto europeo” en materia económica, en las otras se administraba una estrategia militar basada en el mantenimiento de una carrera de armamentos en la que las dos mitades de Europa se preparaban para aniquilarse mutuamente, mientras se controlaba férreamente cualquier intento nacional de seguir vías políticas propias.

## LA “REALIDAD EUROPEA”: LA EUROPA DE LOS GRANDES MERCADERES

**A**unque así pueda parecer desde la perspectiva actual, la “construcción de Europa” no fué emprendida inicialmente con el objetivo primordial de potenciar la competitividad de las economías europeas en el mercado mundial. En los años cincuenta, el concepto actual de mercado mundial y de competitividad global simplemente no existía. En 1950, las exportaciones norteamericanas sólo representaban el 3,6% del PIB del país, que a su vez constituía la mitad de toda la economía monetarizada mundial. Japón era un montón de ruinas y no existía como potencia económica, ni mucho menos comercial. En el mismo año, el valor de las

exportaciones mundiales, en términos reales, era del mismo orden que el máximo histórico alcanzado en los años veinte.

Los objetivos iniciales de la unificación comercial europea fueron básicamente internos. Se trataba de impulsar una profunda transformación de las economías y las sociedades europeas tradicionales, convirtiéndolas en estados industriales modernos y abiertos al intercambio comercial entre sí, en los que las grandes corporaciones capitalistas privadas pudieran alcanzar la dimensión y el papel hegemónico que habían alcanzado ya en el gigantesco mercado interno de los EEUU de América.

Pese al crecimiento económico de entreguerras, en la mayor parte del continente europeo la población seguía dependiendo en buena medida de la agricultura, y la población urbana recibía la mayor parte de sus suministros de pequeñas empresas de ámbito local o regional, la mayor parte de ellas de carácter familiar. Algunas de las grandes industrias estaban nacionalizadas, otras habían venido dependiendo de la explotación de unos imperios en vías de desaparición o de los sucesivos programas nacionales de rearme, y en conjunto, la mayoría de las grandes empresas habían quedado gravemente destruidas por la guerra y no podían afrontar su reconstrucción apoyándose tan sólo en sus pequeños mercados internos. El gran capital europeo no podía seguir alimentando sus necesidades de acumulación y crecimiento sobre bases semejantes.

Además, en el horizonte internacional se perfilaban otras serias preocupaciones para el gran capital europeo. Ni siquiera las grandes dimensiones del mercado interno de los Estados Unidos parecían suficientes para absorber indefinidamente la gigantesca capacidad de producción que había alcanzado la industria norteamericana al término de la guerra. Para continuar su expansión, la gran industria norteamericana pronto debería comenzar a recurrir al mercado internacional en proporciones muy superiores a las que lo había venido haciendo hasta entonces. De hecho, los EEUU comenzaron de inmediato a preparar el terreno para esta expansión, patrocinando las conversaciones de Bretton Woods con vistas a la creación de un sistema de instituciones económicas internacionales que fuera capaz de orientar y controlar el funcionamiento y la evolución de la economía mundial a la medida de sus intereses: el Banco Mundial, para canalizar los grandes flujos internacionales de inversión; el Fondo Monetario Internacional, para asegurar la estabilidad monetaria e imponer la ortodoxia económica capitalista; y la

Organización Mundial del Comercio, para conducir la expansión del comercio internacional.

Aunque las conversaciones para el establecimiento de la Organización Mundial del Comercio se quedaron a medio camino en cuanto a sus propósitos iniciales, dieron como resultado la firma del acuerdo del GATT en 1947. Estados Unidos impuso en los acuerdos del GATT una filosofía de regulación del comercio internacional acorde con su propia tradición del "principio de reciprocidad" (concesiones recíprocas equivalentes en cada negociación), generalizándolo a todos los firmantes del Acuerdo a través del principio de "nación más favorecida" (obligación de tratar a todos los países firmantes igual que a la nación más favorecida). Dada la superioridad tecnológica y productiva de la industria norteamericana, el mecanismo de la reciprocidad generalizada debería permitirle obtener un superávit permanente en su comercio internacional, necesario para mantener el despliegue de sus flotas y ejércitos en todo el mundo. Así ocurrió de hecho posteriormente, durante varias décadas.

El alcance de todos estos acuerdos no escapaba a los gobiernos europeos, que se veían obligados a aceptarlos por la razón de la fuerza norteamericana. En el supuesto de que el GATT alcanzase su objetivo de prestar un gran impulso al comercio mundial, -lo cual no era ni mucho menos evidente en la época-, las corporaciones industriales europeas no estarían en condiciones de enfrentarse a las norteamericanas en términos de reciprocidad, a menos que contasen previamente con una base doméstica de mercado suficientemente amplia, que les permitiese también a ellas alcanzar dimensiones continentales.

Ante todo este cúmulo de problemas, la vieja Europa tenía que cambiar. La población rural tenía que reducirse drásticamente, proporcionando nuevas oleadas de fuerza de trabajo asalariada para sustentar la expansión de la producción, y engrosando las filas de los consumidores urbanos plenamente dependientes de los suministros del mercado. El extenso espacio comercial de los millones de pequeñas granjas y negocios tradicionales debía pasar a manos de las grandes corporaciones, que debían poder operar a escala europea, sin aranceles ni trabas de ninguna clase. En las sucesivas rondas del GATT, los intereses de las corporaciones europeas debían expresarse del modo más unificado posible, a fin de defender con mayor fuerza sus posiciones en los imprevisibles derroteros que fuera tomando el comercio internacional.

Este carácter corporativo ha sido desde un

principio, y sigue siéndolo, la verdadera seña de identidad de la Unión Europea. Se trataba de construir, no tanto la Europa de los Mercaderes, sino la Europa de las Corporaciones, o si se quiere, la Europa de los Grandes Mercaderes. Es en este sentido en el que se señalaba al comienzo que la construcción europea ha sido un proceso convencional de ampliación de mercados y articulación de intereses corporativos. No ha aportado nada especialmente original en la repetida historia de este tipo de procesos. La implantación de mercados unificados y, sobre todo, oligopolizados, sobre comunidades humanas y sistemas económicos anteriormente disgregados y más o menos autosuficientes, siempre se ha basado en los mismos principios: liberalización de los intercambios comerciales; normalización de los productos y los estándares técnicos; subordinación de las estructuras sociales autónomas; homogeneización de los espacios culturales diferenciados; absorción de los sistemas económicos no centralizados; creación de infraestructuras de transporte y comunicación para la integración a gran escala del territorio; establecimiento de sistemas de administración y control político y social unificados; imposición de una moneda única; y paulatina implantación de una lengua oficial.

Revisando uno por uno estos principios, se observa como todos y cada uno de ellos tienden a modificar las reglas del juego económico y las estructuras sociopolíticas y culturales en el sentido de otorgar ventajas a las grandes corporaciones a costa de las pequeñas unidades productivas y de las comunidades locales. Además, todos ellos están de algún modo encadenados entre sí por la propia dinámica de los hechos. Durante treinta años, desde que en el Tratado de Roma de 1957 el "ideal europeo" tomó la prosaica forma terrenal de unión aduanera bautizada como Mercado Común, hasta que la entrada en vigor del Acta Unica en 1987 inició la cuenta atrás para la implantación del Mercado Unico, las grandes corporaciones que operaban en el espacio europeo supieron aprovechar las oportunidades que el proceso de unificación les ofrecía.

Para asegurarse el control de la gestión del día a día de los asuntos comunitarios, establecieron "lobbys" y otros mecanismos de presión altamente eficaces en el opaco entramado de la burocracia de Bruselas, y la infiltraron en todas direcciones, situando en puestos clave a representantes de las diversas ramas de la industria y de los más variados conglomerados de intereses. Las presiones sobre Bruselas se reproducían, en los mismos términos, en forma de presiones sobre los diversos gobiernos

nacionales, por parte de las grandes patronales respectivas. Estas estructuras de presión acabaron tomando cuerpo, abiertamente, con la creación de instituciones tales como la ERT (European Round Table of Industrialists).

De este modo se hicieron realidad los objetivos fundacionales del Mercado Común. Europa cambió profundamente en la dirección prevista. Las comunidades locales continuaron perdiendo el control de sus recursos y sus capacidades de autoorganización económica y social. El proceso de urbanización de la población avanzó hasta límites prácticamente excluyentes. Las actividades agrarias a pequeña escala y otras muchas actividades locales y tradicionales fueron barridas por las sucesivas olas de modernización tecnológica, racionalización comercial y reconversión industrial. Millones de hombres y mujeres vieron como sus capacidades y sus cualificaciones laborales pasaban a ser consideradas obsoletas e inútiles, y ellos mismos pasaban poco a poco a estar de sobra, a no ser más que lastres sociales en la empresa común de modernización y unificación. Las grandes corporaciones se fueron apoderando de los recursos y los mercados puestos a su disposición, estableciendo estructuras productivas y alianzas comerciales de rango continental. Con la nueva potencia así ganada, proyectaron su actividad hacia el exterior, y particularmente hacia el Sur, compitiendo eficientemente con Estados Unidos y, más tarde, con Japón, en la instauración global de un neo-colonialismo aún más feroz, si cabe, que el viejo colonialismo decimonónico.

Llegado ya a este punto el proceso de unificación, y habiendo obtenido resultados tan alentadores, no resultaba difícil demostrar la "necesidad" de dar nuevos pasos adelante. La aprobación del Acta Unica en 1987, con vistas al establecimiento del Mercado Unico Interior, era una consecuencia obligada del todo el proceso vivido en las décadas anteriores.

## **MAASTRICH: DEL MERCADO UNICO A UN NUEVO CONCEPTO DE "ESTADO UNICO"**

**L**o esencial del proceso de unificación europea, desde el punto de vista de sus corporaciones beneficiarias, culminó el 1 de Enero de 1993, con la entrada en vigor del Mercado Unico Interior. Un mercado único es algo muy distinto de una zona de

libre comercio o de una unión aduanera, como el Mercado Común con que se puso en marcha hace cuarenta años el proceso de unificación europea. No se basa, como éstos, en políticas pasivas de eliminación de barreras arancelarias o comerciales, sino en una suma de políticas y transformaciones activas que permitan y ayuden a los agentes económicos presentes en el mercado unificado a operar realmente a la nueva escala territorial y económica sin trabas administrativas, políticas o sociales, así como a proyectarse hacia el exterior con la ganancia de potencia que se deriva de la ampliación de su base de mercado doméstica.

Tales políticas se extienden en una multiplicidad de planos (financiero, fiscal, tecnológico, industrial, laboral, infraestructural, etc.), y sólo pueden ser eficientemente formuladas y aplicadas a través de alguna clase de autoridad unificada, dotada de los adecuados poderes e instrumentos administrativos, legislativos y judiciales, así como policiales y, en última instancia, militares. Por eso, la construcción y la gestión de un mercado único necesita del establecimiento de un conjunto de instituciones políticas unificadas que puedan ejercer esa autoridad, operando en cierto modo como un "estado único".

La construcción de esta superestructura político-administrativa a la escala del Mercado Único fue la finalidad del Tratado de Maastrich. Sus objetivos quedaron plasmados en cinco puntos, redactados en un lenguaje diplomático pero muy explícito, en el Artículo B del Tratado. Su contenido, extractando literalmente lo esencial, es el siguiente: primero, establecer una unión económica y monetaria, que implicará, en su momento, una moneda única; segundo, realizar una política exterior y de seguridad común, que podría conducir, en su momento, a una defensa común; tercero, reforzar la protección de los derechos e intereses de los ciudadanos, mediante la creación de una ciudadanía de la Unión; cuarto, desarrollar una cooperación estrecha en el ámbito de la justicia y de los asuntos de interior; y quinto, mantener y desarrollar el acervo comunitario para asegurar la eficacia de los mecanismos e instituciones comunitarias.

El "estado único" que comienza a tomar cuerpo en el Tratado de Maastrich, para su desarrollo posterior en los sucesivos tratados del siglo XXI, muestra ya en su texto "fundacional" algunos de los que serán sus rasgos esenciales. El Tratado se interesa especialmente por los aspectos económicos y

monetarios, que desarrolla cuidadosamente en su articulado, así como por los aspectos militares, judiciales, policiales y administrativos, en los que propone avances sustanciales en el proceso de unificación. Pero deja fuera, reducidos a vagas declaraciones de intenciones, los aspectos laborales, sociales y ambientales, cuya armonización y reforzamiento no sólo no supondría ventaja alguna para las grandes corporaciones beneficiarias del proceso de unificación, sino que obstaculizaría su desenvolvimiento en una variedad de aspectos.

El Tratado refleja también la situación de Europa en la etapa en que fue concebido y cabildeado, entre las primeras negociaciones en 1989 y su firma en Maastrich en Febrero de 1992. Fue la etapa de la caída del muro de Berlín, la reunificación alemana y la posterior descomposición económica y política del Este de Europa, así como la Guerra del Golfo y la agudización de las tensiones en la orilla Sur del Mediterráneo. El texto de un tratado histórico que inicialmente estaba destinado a simbolizar el triunfo definitivo de la economía de mercado sobre el socialismo real en Europa, gracias al acierto del proceso de unificación comercial iniciado cuarenta años atrás, acabó destilando un aroma a proyecto defensivo y de atrincheramiento, que condujo a muchos a calificarlo como el proyecto de construcción de la "fortaleza europea". La imagen de la Europa de Maastrich como una fortaleza defensiva se refuerza con el visible intento de reservarse las periferias inmediatas (Norte de Africa, países del Este...) como zonas de influencia europea, en el precario nuevo orden mundial surgido con el final de la "guerra fría".

La nueva forma de "estado único" europeo que se perfila para el siglo XXI dista mucho de estar definida en el momento actual, por las fuertes tensiones internas existentes, pero, a tenor de las tendencias observables, con toda probabilidad será bastante distinta a los estados nacionales que hemos conocido en Europa en la segunda mitad de este siglo. Mantendrá sus manos fuera de los procesos económicos, asegurando a los grandes agentes económicos y financieros la plena libertad de movimientos de mercancías, capitales y valores. Limitará estrictamente su intervención en el plano social, obligando a los ciudadanos a resolver individualmente sus problemas y sus necesidades, de acuerdo con sus propias capacidades y aptitudes para la competencia. Dejará en manos de los grandes conglomerados privados de la comunicación la

producción y la distribución de la cultura y la información. Pero, eso sí, irá asumiendo plenamente las funciones militares, judiciales y policiales necesarias para la protección de los intereses que le han venido alumbrando. Cada forma de estado, a lo largo de la historia, ha venido a defender los intereses económicos de la minoría dominante, y a reflejar sus valores culturales, políticos e ideológicos.

## ALIMENTANDO DESDE EL SUR EL “IDEAL EUROPEO”

Tampoco la retórica de ideales y fraternidades europeas (enterrados en Bosnia, pero muertos ya desde mucho tiempo atrás) con que se puso inicialmente en circulación el proyecto europeo, constituye una excepción en este tipo de procesos. Todas las construcciones de imperios coloniales o de grandes unificaciones nacionales han ocultado sus verdaderos fines mercantiles y de concentración del poder tras grandes ideales benéficos, que sólo han ido cambiando a lo largo del tiempo para ajustarse a los valores socioculturales de cada época y lugar de la historia. La cristianización y la salvación eterna de los infieles, la civilización y la educación de los salvajes, o el cumplimiento de diversas formas de “destino manifiesto” de los pueblos, son antecedentes obvios del “ideal europeo” actual. En su tiempo les parecieron a la mayoría de sus respectivos contemporáneos tan nobles, irreprochables y desinteresados como el ideal europeo les pareció durante décadas a la mayoría de los europeos de hoy.

Sin embargo, la historia también ha demostrado que los ideales, por brillantes que sean, no han sido nunca suficientes para mantener el acuerdo mayoritario de la población en torno a los grandes proyectos de unificación, expansión o modernización capitalista. En todos estos procesos hay amplios grupos sociales que se ven perjudicados o afectados en sus intereses, en sus formas de vida o en sus expresiones culturales, y que de un modo u otro se resisten a las transformaciones que se les imponen. Las protestas se han acallado en unos casos con la fuerza de las armas, cuando quienes protestaban eran paganos, salvajes o subdesarrollados que no entendían el bien que se les intentaba hacer, o en otros con alguna forma de reparto de las ganancias, cuando las protestas sonaban demasiado cerca.

La construcción europea tampoco ha sido una

excepción en ese sentido. Ha sido un caso típico de la segunda clase de tratamientos de los arriba citados. El estado del bienestar -que se pudo establecer, en buena parte, gracias a los recursos de la explotación colonial, primero, y neocolonial, después-, aportó un inestimable contrapunto de satisfacción material al ideal europeo, y reunió un consenso casi universal en torno al proyecto de unificación, sobre todo en las décadas críticas de su construcción. Las innumerables subvenciones a los afectados en la agricultura, en las industrias en reconversión o en los países y las regiones menos competitivas, han contribuido a paliar las protestas y a ir salvando las diferentes etapas y los obstáculos sociales y políticos que iba encontrando el proyecto unificador.

Pero lo que los ciudadanos no imaginaban es que se trataba de paliativos meramente temporales, que perderían su razón de ser y serían desmontados paulatinamente una vez quedaran suficientemente afianzadas las nuevas estructuras políticas y económicas que se trataba de establecer. Ahora comienza a ser perceptible ese desmantelamiento, que se justifica con el argumento de que la competitividad no permite mantener tales beneficios por más tiempo. Mientras se construía Europa para recuperar la competitividad que se había perdido sí que era posible mantenerlos, pero curiosamente deja de serlo cuando el proyecto europeo está a punto de culminar sus metas.

La realidad es que los grandes intereses corporativos europeos perciben que la articulación política y sindical de los trabajadores ha quedado seriamente debilitada por la presión del aumento de la competencia sobre las empresas y sobre el mercado de trabajo, que los sectores económicos tradicionales están ya virtualmente desmantelados y sus efectivos residuales caminan hacia la extinción generacional, y que la unificación ya ha avanzado lo suficiente como para no admitir vueltas atrás por parte de los países menos competitivos, que cedieron sus mercados a cambio de algunos fondos estructurales y de cohesión. Además, el proceso de globalización y liberalización de la economía mundial, que las instituciones y corporaciones de la Comunidad Europea han colaborado activamente a impulsar, presiona hacia una nivelación global a la baja de las condiciones sociales de la población. De este modo, las redistribuciones transitorias destinadas a facilitar la integración y a suavizar las reacciones sociales van perdiendo su razón de ser en aras de la competitividad, tanto en el plano interior como en el plano global.



En toda nueva vuelta de tuerca de los procesos de reestructuración económica, determinados grupos sociales sufren sus consecuencias con particular intensidad. En Europa, como en otros lugares del mundo, la crisis social tiene un acusado sesgo de género: las mujeres están siendo objeto en los últimos años de nuevas formas de discriminación. El desempleo afecta más fuertemente a las mujeres que a los hombres. La liberalización de los mercados de trabajo facilita la sustitución de empleos estables y correctamente remunerados por trabajos a tiempo parcial, irregulares, mal pagados, e incluso situados fuera de la legalidad laboral vigente. Las estadísticas indican que estos empleos están siendo ocupados en su mayoría por mujeres, obligadas a aceptarlos en unos casos por la ausencia de otras oportunidades de trabajo, y en otros por el deterioro de las economías domésticas.

Los recortes sociales, por otra parte, descargan progresivamente sobre los hogares, y particularmente sobre las mujeres, las tareas de atención a los sectores sociales más débiles o conflictivos. El deterioro social en que se van sumiendo las comunidades más afectadas por los procesos de reestructuración, o las comunidades de inmigrantes marginalizadas, recae asimismo en buena medida sobre las mujeres. El debilitamiento de las relaciones de parentesco y la quiebra de la familia nuclear, particularmente en las grandes ciudades, obliga a muchas mujeres a enfrentarse solas a todas las responsabilidades familiares. La descomposición de las estructuras sociales y comunitarias las obliga además, en muchas comunidades, a organizar y mantener precarios sistemas de atención social para intentar paliar la degradación del entorno social en el que deben desenvolverse sus familias. Todas estas funciones, sobre las que se apoyan en buena medida las supuestas ganancias de "competitividad" y "flexibilidad" de las políticas neoliberales, permanecen invisibles para la economía oficial y la conciencia social, cuando no son abiertamente infravaloradas y despreciadas.

Las minorías de ciudadanos procedentes de la periferia constituyen otro de los colectivos especialmente afectados por el proceso de unificación. El asentamiento estable en algunos países de la Europa Comunitaria de una buena parte de la inmigración temporal extracomunitaria ha provocado unas políticas cada vez más severas de control y restricción de los flujos migratorios que, al convertir al inmigrante en un "problema", han alimentado las actitudes xenófobas racistas. Hoy se pone en primer

plano la impostergable igualación de derechos sociales y políticos de los inmigrantes con los del resto de la población, y sin embargo, el Tratado de Maastrich y los Acuerdos de Schengen vienen a legalizar una grave e indefendible discriminación para un colectivo de varios millones de ciudadanos europeos.

## LOS CAÑONAZOS DE BOSNIA Y EL DESPERTAR DE EUROPA

La fascinación que durante décadas vino ejerciendo el ideal de Europa radicaba, en suma, en su capacidad para asociar dos clases de expectativas, unas de orden espiritual y otras de orden material. La construcción europea ofrecía a los ciudadanos la hermosa combinación de un cierto progreso moral, percibido a través de la exaltación de los valores de la solidaridad interna y externa y de la reafirmación cultural, con un palpable enriquecimiento material, expresado a través de un crecimiento continuo de la renta, y del disfrute de los beneficios sociales arriba señalados. Esta doble visión constituyó lo que se dió en llamar "el sueño de Europa", una versión pretendidamente más culta y más justa -por que al fin y al cabo era *europaea*-, del desacreditado "sueño americano".

Pero el mundo en los años noventa es muy diferente de aquel en que nació y creció el sueño de Europa. En la mayor parte del Sur, las esperanzas que suscitó la descolonización se han trocado en una pesadilla a la que no se le ve final. En el Este, el hundimiento del socialismo burocrático ha provocado en Europa Occidental el vértigo ante la proximidad a un vacío económico y social que nadie sabe cómo llenar, y en el que proliferan los conflictos violentos con grados de atrocidad que se creían, ingenuamente, superados para siempre en Europa. En la propia Europa Occidental y en el conjunto del Norte, los conflictos y las desigualdades sociales se amplifican en cada ciclo de estancamiento y reactivación. Y por encima de todo el panorama, se cierne el fantasma de la crisis ecológica global. La realidad desmiente paso a paso la credibilidad de un modelo de organización económica y política que Europa ha contribuido decisivamente a diseñar y a hacer prevalecer en todo el mundo, y que quiso ejemplificar hasta sus máximas cotas con la admirable y pacífica construcción de la Unión Europea.

El proyecto europeo pretendió asentarse inicialmente en la unidad que generó la lucha contra el fascismo en la guerra. Periódicamente se ha venido recordando, con homenajes en los antiguos campos de concentración y en los escenarios de las principales batallas, que la unidad de Europa se construía sobre la base de la paz, las libertades democráticas y la tolerancia cultural. Pero esos "pilares de Europa" se han desmoronado en la primera ocasión en que debían demostrar su fortaleza. La actitud de la Unión Europea y de los gobiernos nacionales -por activa o por pasiva, según los casos- en la antigua Yugoslavia, ha abierto el camino a sucesivas agresiones netamente fascistas sobre la última comunidad europea que pretendía mantener una verdadera convivencia multicultural. Los campos de concentración, las deportaciones masivas y el genocidio han vuelto a aparecer en Europa bajo la nueva denominación de "limpieza étnica", mientras las instituciones y los gobiernos europeos presionan a las víctimas para que acepten "planes de paz" que suponen el reparto entre los agresores del territorio de un estado europeo legítimamente constituido y reconocido por la comunidad internacional, encabezada por la propia Europa.

Es el final de la inocencia, para quien hubiera logrado mantenerla hasta ahora. En un contexto como el actual es difícil seguir creyendo en el ideal de una Europa unida y solidaria, destinada a difundir su cultura y su prosperidad en todas direcciones. Durante años fué fácil mantener el acuerdo en torno a este sueño colectivo de progreso moral y material. Los sueños de esa clase son radiantes. No tienen lados oscuros o, si los tienen, quedan ocultos tras el brillo de los horizontes sin límites que prometen. Pero no es tan fácil mantener ese acuerdo cuando el despertar del sueño ofrece un panorama de confusión y de inquietud.

Por eso, de un modo sutil y paulatino, pero bien perceptible en los últimos años, el proyecto europeo ha ido tomando ese carácter defensivo, e incluso negativo e irracional, al que se aludía anteriormente. Desde hace bastante tiempo, el discurso político en favor de la construcción europea contiene cada vez menos referencias hacia la grandeza de las metas, y más hacia los peligros que acechan a Europa si no consigue culminar la unión, y en particular a cualquiera de los países miembros -o candidatos a serlo- que no consiga cumplir las condiciones para formar parte del núcleo duro y seguro de la unificación.

Ante esta situación, y sobre todo a partir de la accidentada -y de hecho coactiva en muchos países- aprobación del Tratado de Maastrich, crecientes grupos de ciudadanos han comenzado a preguntarse

abiertamente si les conviene la construcción de Europa, bien sea a título individual, o colectivo, o a ambos. Una pregunta que de hecho les estaba vedada anteriormente, cuando el vigor incontestado del ideal fundacional marginalizaba de modo automático a quienes osaran cuestionarlo, y les excluía de cualquier debate socialmente aceptado como racional o constructivo. Ahora más que nunca, cada uno está legitimado para preguntar, desde su propia perspectiva personal o política, qué es lo que ofrece realmente el proceso de unión europea para resolver los principales problemas presentes.

Por ejemplo, qué ofrece, en primer lugar, en relación con los problemas del Sur, o del Este, cuyo dramático deterioro no sólo está comprometiendo a ojos vistas la conservación de los logros económicos y sociales que enorgullecieron al continente europeo, sino que arruinará sin duda la estabilidad política global a largo plazo. O qué ofrece en relación con los problemas internos de desigualdad social y territorial, y de deterioro de la cohesión social, que no dejan de acentuarse desde hace años en la práctica totalidad de los países de Europa. O qué ofrece en relación con la crisis ecológica continental y global, que no ha dejado de agravarse en ningún momento.

Hay que empezar por recordar que lo que desde luego no ofrece es una profundización de la democracia. La creación de grandes mercados y espacios económicos siempre conlleva la concentración del poder, y esta concentración siempre acaba manifestándose en forma de autoritarismo, o en diversas formas de degeneración de la democracia. Las verdaderas relaciones democráticas sólo pueden florecer y sobrevivir a pequeña escala, y se van degradando en los sucesivos escalones de representación, y tanto más cuanto mayor es la cuota de poder y de dominio que se les va cediendo a las instancias superiores. A estas alturas de la construcción europea y del deterioro de los valores democráticos en el continente, nadie debería extrañarse de la limpieza étnica en Bosnia, ni de la reapertura de la carrera nuclear por parte de Francia, contemplada con agrado -explícito o disimulado- por no pocas fuerzas políticas, e incluso por diversos gobiernos europeos.

Lo que tampoco ofrece es facilidades para las comunidades, pueblos o naciones de Europa que deseen avanzar hacia diversas formas de autonomía real, incluyendo en su caso la autodeterminación política. Las esperanzas que en su día pudo suscitar el nuevo marco europeo entre las diversas naciones sin estado dispersas por todo el continente, se han ido

desvaneciendo ante la consolidación de unas estructuras comunitarias que sólo legitiman y reconocen como interlocutores a los gobiernos estatales de los países miembros, mientras impiden conjuntamente la expresión política propia de dichas identidades subalternas. Con ello, lejos de abrir el paso a la convivencia y la colaboración entre los pueblos de Europa desde la propia identidad de cada uno de ellos, se favorecen los enfrentamientos entre pueblos o comunidades, y se aceleran en el contexto europeo los procesos de uniformización político-cultural que caracterizan a la actual etapa de globalización del capitalismo.

## LOS PUEBLOS DE EUROPA EN LA UNION EUROPEA: ¿UNIDOS PARA CRECER?

**E**n realidad, lo único que la unión europea ofrece o pretende ofrecer es competitividad internacional para recuperar y relanzar una y otra vez, "indefinidamente", el crecimiento económico en Europa, esto es, el crecimiento de las grandes corporaciones de la Europa unificada, el aumento de su poder y de sus riquezas. Esa es su razón de ser, por más que se presente, aunque cada vez menos, porque cada vez es ya menos necesario, adornada con ciertos toques sociales o de derechos civiles.

Pero más competitividad y más crecimiento en Europa suponen, en primer lugar, más alejamiento respecto al Sur y al Este, y mayores diferencias de riqueza y de poder entre las distintas regiones mundiales. La teoría de las economías del Norte como "locomotoras" de las economías del Sur, que constituye el núcleo del catecismo del FMI y de los gobiernos del Norte que lo dirigen, ha sido una y otra vez desmentida por los hechos. Simplemente es falsa.

Más competitividad, más crecimiento y más inversión en Europa suponen también, más allá de las buenas intenciones que pueblan los discursos oficiales, mayores desigualdades internas de todas clases, tanto entre individuos como entre pueblos y naciones. Exigen más "moderación salarial", esto es, más apertura del abanico salarial, y no aportan soluciones al problema del empleo. La Comunidad no logró bajar de 12 millones de parados ni siquiera en la fase álgida del mini-boom de los ochenta, que universalmente se reconoce como irrepetible. En la estructura económica que han alcanzado los países

occidentales, el problema del empleo, o mejor, del trabajo, ya no se resuelve con crecimiento. Esa es otra idea falsa.

Y más competitividad y más crecimiento en Europa suponen más consumo de energía y de recursos y más deterioro ambiental, en unos casos inflingido al entorno propio y en otros exportado al Sur o descargado sobre el medio ambiente global. Los estudios realizados por las propias instituciones europeas en relación con sectores económicos clave, como el transporte o la energía, son concluyentes a este respecto. La idea de que la conservación del medio ambiente en los países sobredesarrollados sólo es posible mediante más desarrollo es, si cabe, aún más falsa que las anteriores.

La conclusión sería desoladora si, por alguna razón, lo que los ciudadanos europeos necesitasen fuese antes que nada "crecimiento", esto es, aumento de la producción y del consumo de bienes y servicios tanto en términos monetarios como en sus reflejos físicos o materiales, que hoy por hoy siguen estando estrechamente asociados. Pero afortunadamente no es así.

Es difícil comprender, en efecto, para qué necesitan más "crecimiento" un grupo de países que cuentan con una media de 20.000 dólares de renta anual por persona (del orden de 15.000 en España). O, expresado de otro modo, cuál es la clase de problemas sociales reales que estos países esperan ser capaces de resolver con cantidades aún mayores de renta promedio, en lugar de afrontar las transformaciones de las estructuras políticas y sociales que les han impedido resolverlos hasta el momento actual, y que incluso están provocando su agravamiento.

La obsesión por el crecimiento y el desarrollo, y su consideración como "summum bonum" y panaceas universales, es una de las peores enfermedades de nuestra época. Brinda justificación a los continuos abusos de las políticas económicas, sociales y culturales sobre innumerables grupos y comunidades, y desvía las energías de los agentes sociales, impidiendo que se concentren en la resolución de los verdaderos problemas. Todo el proceso de la construcción europea, y en particular el Tratado de Maastrich y los programas en curso para culminar el establecimiento de la Unión Europea en los próximos años, constituyen muestras inequívocas de esta obsesión patológica. Sólo pueden exacerbar los problemas que han venido creando, porque ofrecen para resolverlos mayores dosis de las mismas recetas que los han provocado.

Si los pueblos de Europa quieren ayudarse a sí mismos, encontrando soluciones a sus verdaderos problemas, y colaborar eficazmente a la resolución de los problemas globales, deben hallar el camino para salir cuanto antes del laberinto de túneles del crecimiento y el desarrollo, en el que se les ha venido internando más y más hasta ahora, sin que puedan vislumbrar ninguna salida. La salida no la hallarán, desde luego, siguiendo la vía de la Unión Europea - que sólo les seguirá conduciendo hacia lo más oscuro del laberinto económico y hacia el declive socio-cultural y ecológico-, sino enfrentándose a sus verdaderos problemas desde su propia realidad social y económica, su propia personalidad histórica y cultural, y su propia identidad territorial y política.

Ha llegado ya el momento de que los pueblos de Europa comiencen, desde la autonomía y el respeto mutuos, a discutir el establecimiento -entre ellos y con los demás pueblos del mundo- de nuevas formas de colaboración y nuevos principios de relación política,

enteramente distintos e incompatibles con los que se les han venido imponiendo a lo largo del proceso de unificación capitalista de Europa, que ni es ni tiene porqué ser irreversible. No se trata de reiniciar el debate económico sobre proteccionismo, libre comercio y organización de mercados competitivos. Es un debate sobre la recuperación de los bienes y los recursos comunales y colectivos, sobre la regeneración de las producciones y los intercambios locales, sobre el respeto de los derechos de las comunidades y los pueblos de Europa a una existencia libre y soberana, sobre la protección del medio ambiente, sobre la defensa de la justicia social y de género, y sobre la alianza entre todas estas luchas. Es un debate, en suma, sobre una disyuntiva política: permitir que continúe la acumulación del control y del poder en las élites multinacionales y nacionales europeas, o abordar decididamente su recuperación por los pueblos de Europa y sus comunidades.

## CAMPAÑA

**Contra la  
Europa  
del Capital**



### Secretaría de la Campaña:

*Campomanes 13 - 28013 Madrid*

*Teléfono: 541 10 71*

*Fax: 559 03 34*

*Correo Electrónico: [face95@nodo50.gn.apc.org](mailto:face95@nodo50.gn.apc.org)*



## UNA ECONOMIA SOSTENIBLE

\* La presente crisis ecológica global nos amenaza sobre todo a nosotros mismos. También a millones de seres vivos pertenecientes a cientos de miles de especies animales y vegetales, es cierto: pero sobre todo a nosotros mismos. Por más catástrofes que causemos la vida continuará en este planeta (al menos en sus formas más sencillas: bacterias, hongos, algas..), y la evolución no se detendrá, pero en cambio la continuidad de la civilización humana no está asegurada. Tenemos que aprender a pisar con menos fuerza sobre la tierra, a refrenar nuestra inmensa capacidad de destrucción.

\* Los sistemas socioeconómicos humanos han crecido demasiado en relación con la biosfera que los contiene, alterando incluso los grandes ciclos biogeoquímicos de ésta, degradando o destruyendo muchos ecosistemas y causando gran mortandad animal y vegetal. La mayor responsabilidad concierne al capitalismo industrial de los países del Norte. Tenemos que hacer sitio (en términos ecológicos) para los hoy excluidos: los pobres del Sur, las generaciones futuras, las demás especies vivas con las que compartimos el planeta.

\* No es posible la expansión material indefinida en un sistema finito como la biosfera que habitamos. Es preciso emprender una reducción sistemática del impacto ambiental de las actividades humanas. Ello se logrará preferentemente mejorando la eficiencia ambiental de nuestras economías (es decir, reduciendo sistemáticamente el impacto ambiental por unidad de producto), pero también disminuyendo el volumen global de actividad cuando no quede otra opción. Producir de forma ecológicamente eficiente quiere decir minimizar el flujo de energía y materiales que recorre nuestros sistemas productivos, maximizando el bienestar que obtenemos de él. Hemos de aprender a hacer más con menos; y sobre todo desengancharnos de la adicción al "siempre más" y aprender a decir "es suficiente".

\* Hemos de aprender a respetar los límites. Lo que tomamos de la biosfera (en cuanto fuente de materias primas y energía) y lo que devolvemos de ella (en cuanto sumidero de residuos y calor), ha de estar dentro de los límites de la absorción y regeneración de los ecosistemas. Ello implica respetar las siguientes reglas o criterios de sustentabilidad ecológica:

\* Las tasas de recolección de los recursos renovables deben ser iguales a las tasas de regeneración de estos recursos.

\* Las tasas de vaciado de los recursos no renovables deben ser iguales a las tasas de creación de sustitutos renovables.

\* Las tasas de emisión de residuos deben ser iguales a las capacidades naturales de asimilación de los ecosistemas a los que se emiten esos residuos (lo cual implica emisión cero de residuos no biodegradables).

\* La naturaleza, "la única empresa que nunca ha quebrado en unos cuatro mil millones de años", según el biólogo alemán Frederic Vester, nos proporciona el modelo de un sistema económico sostenible y

de alta productividad. Se trata de una "economía" cíclica, totalmente renovable y autorreproductiva, sin residuos, y cuya fuente de energía es inagotable (en términos humanos): el sol. En esta economía cíclica natural las sustancias inorgánicas se utilizan en cantidades tan pequeñas que son renovables en la práctica, y cada residuo de un proceso se convierte en la materia prima de otro: los ciclos se cierran.

\* Por el contrario, la economía industrial capitalista desarrollada en los últimos dos siglos, considerada en relación con los flujos de materia y de energía, es de naturaleza lineal: los recursos quedan desconectados de los residuos, los ciclos no se cierran. A base de materias primas no renovables y combustibles fósiles que no podemos regenerar, producimos bienes cuya rápida obsolescencia se fija de antemano, efímeras mercancías que se transforman rápidamente en basura y residuos tóxicos. Con el crecimiento económico exponencial, el resultado inevitable es la sobrecarga de las fuentes y los sumideros: se producen escaseces y agotamientos de recursos naturales por un lado, y acumulaciones de contaminación y residuos por otro.

\* Podemos reconstruir la economía humana de acuerdo con el modelo cíclico de la "economía" natural. No es posible producir sin residuos (lo sabemos por las leyes de la termodinámica, el principio de conservación de la materia-energía y el principio de entropía); pero sí podemos desechar los procesos donde se generen residuos no biodegradables, y organizar la producción de manera que los residuos de un proceso o bien sirvan como materia prima para otro proceso productivo, o bien se reintegren sin daño a los ciclos de la naturaleza. A esta forma de "cerrar los ciclos" en nuestras actividades industriales y agrícolas la llamamos producción limpia. Un instrumento operativo adecuado para inducir los cambios necesarios en las empresas sería un sistema de auditorías ambientales periódicas, obligatorias y públicas.

\* Un principio fundamental dentro de esta filosofía de "cerrar los ciclos", es el de responsabilidad del productor, que debe traducirse en la obligación legal para el fabricante de un producto de volver a hacerse cargo de éste una vez concluye su vida útil. El retorno obligatorio del producto al fabricante debe facilitarse poniendo en marcha sistemas de consigna de mucha amplitud: se trata de depósitos reembolsables que el consumidor paga al adquirir el producto y recupera al entregarlo una vez concluida su vida útil. Semejante estímulo económico para "cerrar los ciclos" resulta apropiado para todo tipo de residuos y productos contaminantes susceptibles de ser almacenados.

\* Hemos de aprender a pensar de otra manera nuestra relación con el mundo natural que nos fue dado; pero también nuestra relación con el mundo material que nosotros hemos construido. Ante cada bien, cada servicio, cada producto, hemos de ponernos un poco metafísicos y preguntar: ¿de dónde vienes, producto, quién eres y adónde vas? ¿Qué gasto de materiales y energía fue necesario para construirte, y de dónde se tomaron? ¿Qué camino recorriste hasta llegar a mis manos, y en qué medios de transporte?, ¿Cómo estás construido y cómo podremos repararte?, ¿Dónde estaréis tú o tus componentes dentro de un año, de veinte, de cien?, ¿Cómo te reintegrarás a la gran rueda de la vida en nuestro planeta? Los análisis de ciclo de vida del producto se orientarán a minimizar el impacto ambiental de éste en todas sus fases, como si dijéramos desde la cuna hasta la sepultura.

\* Una gestión adecuada de los residuos se inspira en el principio ecologista de las tres RRR: reducir, reutilizar y reciclar. Ello supone pasar de las estrategias de control a las de prevención, centrar los esfuerzos en el inicio de la producción y no en el punto de vertido. Las prioridades son las siguientes (y por este orden): reducir los residuos evitando en fuente la producción de basuras y residuos (prohibiendo, por ejemplo, los envases de bebidas no reutilizables); reutilizar siempre que sea posible (con un sistema de envases de vidrio normalizados y reutilizables para los alimentos, o empleando

exclusivamente pilas eléctricas recargables en lugar de pilas desechables, por ejemplo); reciclar los desperdicios siempre que sea posible (lo que exige la separación de la basura doméstica en fuente, por ejemplo); y eliminar sólo los restos que subsisten tras los procesos anteriores en vertederos especiales, estancos, vigilados, y en los que los desechos sean inertes a largo plazo ante las influencias ambientales y recuperables en todo momento. Este planteamiento conlleva prohibir la incineración de basuras domésticas y residuos industriales.

\* Las energías fósiles (carbón, petróleo, gas natural), están agotándose al mismo tiempo que desequilibran el clima del planeta, y tenemos inexorablemente que plantearnos el cambio de base energética de nuestra civilización industrial. La única economía sostenible, reproducible a largo plazo, será la basada en las energías renovables, (es decir: en último término, en el aprovechamiento diversificado del flujo inagotable de energía solar). Por eso necesitamos una "estrategia solar" para la salida de los combustibles fósiles y la energía nuclear, y la construcción de un sistema energético basado en las energías renovables (solar térmica y solar fotovoltaica, eólica, hidráulica, biomasa, etc.). Los depósitos aún existentes de energías fósiles sólo hemos de considerarlos como una "red de seguridad" mientras dure esa transición.

\* Tres sectores tienen una importancia central para la reconstrucción ecológica de la sociedad industrial: agricultura, transporte e industria química. Necesitamos impulsar la transición desde los actuales sistemas de agricultura industrial hacia una agricultura ecológicamente sostenible, mucho menos intensiva en energías no renovables y agroquímicos, que asegure la producción de alimentos, respete la biodiversidad y cree nuevas relaciones entre el campo y la ciudad. La reforma de los sistemas de transporte dará prioridad absoluta al transporte sobre raíles y en bicicleta frente a automóviles y aviones. Es preciso también "desquimizar" selectivamente nuestras sociedades industriales y avanzar hacia una química "blanda" que opere sólo con sustancias no tóxicas y fácilmente biodegradables.

\* Una economía sostenible será en buena medida una economía autocentrada, productora más para la demanda interna y los mercados locales que para el mercado mundial. Se buscarán los máximos grados de autosuficiencia posible (sobre todo en lo que atañe a la satisfacción de las necesidades básicas) sin pretender la imposible autarquía. La estrategia de autonomía económica local exige una desconexión parcial del mercado mundial.

\* La producción limpia llama a un "consumo limpio" o responsable desde el lado del consumidor; ello implica consumir de otra forma y consumir menos. Por ejemplo, preferir los alimentos sin aditivos químicos y los tejidos naturales, llevar consigo la bolsa de la compra en lugar de acumular material plástico en los supermercados, rechazar los envases de aluminio o tetrabrik y exigir en su lugar envases de vidrio reutilizables, o aficionarse al senderismo en lugar de a las excursiones campestres gregarias en todo terreno. Por fortuna, existen alternativas limpias a casi todos los bienes y servicios que necesitamos. El consumo ecológicamente responsable depende, en altísima medida, del fácil acceso a la información relevante por parte de los consumidores. Por ello han de generalizarse sistemas de ecoetiquetado bien concebidos, y más en general es necesario garantizar el acceso del público a la información sobre el medio ambiente, sin restricciones de ningún tipo.

\* Necesitamos imperiosamente aprender a gobernar el proceso de cambio tecnológico. Han de favorecerse las tecnologías que aumenten la productividad de los recursos, (el volumen del valor extraído por unidad de recurso), frente a las tecnologías que incrementen la cantidad extraída de recursos (eficiencia frente a crecimiento). El cambio tecnológico ha de promover la sustitución de recursos no renovables por renovables en la línea de una "estrategia solar". En una economía

ecologizada sólo se emplearán tecnología inocuas para el medio ambiente, o bien aquéllas cuyos efectos negativos puedan mantenerse indefinidamente dentro de los límites impuestos por la capacidad natural de regeneración de los ecosistemas.

## **UN SISTEMA TRIBUTARIO ECOLOGICO Y JUSTO**

\* En todas las sociedades industriales avanzadas, el Estado desempeña un primerísimo papel en la vida económica: el sector público supone entre dos quintas partes y la mitad del PIB. En España el gasto público supone a finales de los ochenta el 41% del PIB, muy por debajo de la media de la CE (el 49%).

\* Con la política presupuestaria y fiscal (con los presupuestos generales del Estado y las contrataciones públicas, con los programas de inversiones y los incentivos fiscales, con los impuestos y las tasas), los poderes públicos disponen de formidables herramientas de intervención que pueden ponerse al servicio de objetivos democráticamente determinados. Para el movimiento ecologista son objetivos prioritarios la reducción del abismo económico y social entre el Norte y el Sur del planeta, la reducción de las desigualdades sociales (en especial las derivadas del sexismo y la división sexual del trabajo) y una reconstrucción ecológica de la sociedad industrial que permita la transición a un modo de producción ecológicamente sustentable.

\* Las decisiones tomadas en los ámbitos presupuestario y fiscal determinan lo que se recauda y para qué, lo que se gasta y en qué, qué deudas sociales y ecológicas se echan sobre los hombros de los más desfavorecidos y las generaciones futuras, qué comportamientos se favorecen y cuáles se desincentivan, qué transformaciones estructurales de la economía se ponen en marcha... En economías mixtas como las existentes en las modernas sociedades industriales, con sectores de mercado importantes, los instrumentos económicos como impuestos, tasas, subvenciones o incentivos fiscales modelan en buena medida el marco de acción y las reglas del juego para los agentes económicos: y pueden hacerlo en sentido beneficioso para el medio ambiente y para la sociedad. Por eso proponemos una reforma general del sistema tributario guiada por criterios sociales y ecológicos.

\* Sólo el rico puede permitirse un Estado pobre. El Estado democrático ha de desempeñar algunas funciones económicas esenciales: señaladamente la planificación a medio y largo plazo de la vida económica, el suministro de bienes públicos (sanidad, educación, o un medio ambiente sano, aunque por descontado ninguno de estos ámbitos sea competencia exclusiva del Estado) y la redistribución de la riqueza en un sentido progresivo. En el futuro, las tareas inaplazables de regeneración ecológica y reequilibrio Norte-Sur no harán esas funciones menos necesarias, sino más. Nos proponemos reorientar y reformar el Estado Social en aspectos importantes e incluso esenciales; pero nos opondremos con todas nuestras fuerzas a su desmantelamiento.

\* El gasto público ha de ser democráticamente determinado, asignarse a objetivos concretos y sobre todo controlarse eficazmente. Proponemos nuevos mecanismos de control en los que participen las asociaciones de consumidores, los sindicatos, las organizaciones ecologistas y feministas: en una suma, la sociedad civil democráticamente autoorganizada. De la misma forma, ha de imponerse una claridad meridiana en los ingresos públicos: la actual maraña de tasas e impuestos indirectos, directos y encubiertos imposibilita que el ciudadano o ciudadana sepa qué está pagando en cada momento y para qué. Haremos de la transparencia tributaria un principio rector de la reforma que proponemos.

\* La presión fiscal en España es reducida (suponía a finales de los ochenta el 35% del PIB, la más baja de toda la OCDE excepto Turquía, y muy por debajo del 45% de promedio en la CE), pero está



repartida injustamente: aunque el sistema fiscal es formalmente progresivo, la realidad recaudatoria es regresiva por el efecto del fraude y por el elevado peso relativo de los impuestos indirectos y las cotizaciones sociales. Un sistema tributario realmente progresivo, donde quienes más tienen sean quienes más paguen, ha de incrementar el peso relativo de los impuestos directos, garantizando su progresividad real.

\* Así, las rentas salariales proporcionaban más de tres cuartas partes de la recaudación final del IRPF a finales de los ochenta, a pesar de que sólo representan la mitad de la renta interior bruta. El elevado nivel de fraude fiscal en las rentas empresariales, fiscales o de la propiedad, y en el Impuesto sobre el Valor Añadido (IVA), hurtan hasta el 50% de la recaudación potencial en el IRPF y el IVA, con perniciosos efectos regresivos: los pobres subvencionan a los ricos, y a mayor nivel de ingresos más fraude. Las grandes bolsas de fraude, que estafan a todos los ciudadanos y muy especialmente a los asalariados, se hallan en el sistema financiero (banca, seguros, bolsa), en el sector inmobiliario y en las actividades empresariales y profesionales. La lucha contra el fraude fiscal debe ser una prioridad esencial. Además, ha de reformarse el derecho fiscal y su aplicación para favorecer la inversión de los beneficios y evitar la especulación.

\* Los impuestos directos (como el impuesto sobre la renta personal, el impuesto de sociedades, el impuesto de sucesiones, etc) sólo admiten cierta modulación ecológica en casos excepcionales (mediante exenciones fiscales, por ejemplo); por el contrario, los impuestos indirectos (como el IVA %, los impuestos sobre consumos especiales, etc) pueden modularse en función de la compatibilidad ecológica del hecho que se grava, pero son ciegos a las diferencias de renta. En general, por tanto, la progresividad se conseguir por medio de impuestos directos y los impuestos ecológicos serán indirectos. Un sistema fiscal socialmente justo y ecológicamente compatible incluirá ambos tipos de impuestos, sabiamente combinados. En España, actualmente, es excesivo el peso de los impuestos indirectos y las cotizaciones sociales en relación con el de los impuestos directos.

\* Los impuestos y tasas ecológicas son aquellos cuyo objetivo es fundamentalmente modificar situaciones y comportamientos perjudiciales para el medio ambiente (y que sólo secundariamente recaudan ingresos para el Estado, por tanto). El efecto de nuestra reforma fiscal guiada por criterios ecológicos sería encarecer las acciones dañinas para el medio ambiente y abaratar las beneficiosas. Todos tendremos que modificar algunos hábitos; pero lo fundamental es encauzar ecológicamente la transformación de los sistemas energéticos, los sistemas de transporte, la industria y la agricultura, cuyo impacto ambiental es incomparablemente superior al de los particulares.

\* Tras la reforma fiscal orientada ecológicamente, las personas, las empresas y las administraciones dispondrían de una segura "guía ecológica" para sus acciones, expresada en el lenguaje de los precios, las subvenciones, los incentivos fiscales, etc. En una economía sustentable, los precios han de decir la verdad ecológica: en la actualidad no lo hacen. Los causantes del daño ambiental consiguen expulsar hacia "afuera" la mayoría de los costes, los exteriorizan (hacia personas o pueblos más débiles económicamente, hacia otros ecosistemas y otras especies vivas, hacia las mujeres y las generaciones futuras).

\* La reforma ecológica del sistema tributario que apoyamos interiorizaría de forma paulatina, aunque en un plazo breve, buena parte de esos costes externos que hoy estamos expulsando hacia "afuera" irresponsablemente. El mercado es ciego con respecto a los objetivos ecológicos y sociales; debe corregirse esa ceguera con intervenciones políticas. Ante el mercado, ese objeto tabú para la reflexión político-social convencional, no nos detiene ningún temor reverencial: sabemos que los mercados no

existen de forma natural, sino que son construidos social y políticamente, y continuamente reorganizados en todas las sociedades industriales modernas.

\* Deben fijarse beneficios fiscales y subvenciones para los procesos respetuosos del medio ambiente, y los eliminarse sistemáticamente en los procesos ecológicamente destructivos. En algunos casos, se gravarán con tasas e impuestos las emisiones contaminantes o los consumos de materias primas; en otros casos habrá que valerse de instrumentos jurídicos como las prohibiciones, la concesión de licencias o la especificación de normas industriales.

\* Con una reforma fiscal semejante, la presión fiscal no aumentará sobre las rentas bajas, sino que disminuirá (a condición de que se modifiquen los hábitos ecológicamente insostenibles): pues se elevará el mínimo de renta personal exenta de tributación, se eliminarán las exenciones y privilegios que actualmente socavan la progresividad del sistema tributario, aumentará la progresividad en los tramos altos de renta, y disminuirán (o se eliminarán) las cotizaciones sociales, financiando al menos una gran parte de la Seguridad Social con ingresos fiscales ordinarios.

\* Las cotizaciones sociales, como "impuestos sobre el trabajo", desincentivan el empleo; de modo regresivo, recaen sobre todo en los asalariados perceptores de rentas medias y bajas; y alientan la ilusión ideológica de que la Seguridad Social es esencialmente lo mismo que un seguro privado generalizado. Debe estudiarse con atención la idea de financiar los gastos públicos en salud mediante los impuestos sobre el consumo, y las prestaciones sociales sustitutivas del salario (pensiones, subsidio de desempleo, etc) mediante el impuesto progresivo sobre la renta personal (IRPF).

\* Disminuir la presión fiscal sobre las rentas más bajas es una parte importante de la estrategia de redistribución del trabajo mediante la reducción del tiempo de trabajo, que propugnamos como una vía esencial para la restauración del pleno empleo, la reconstrucción de las solidaridades sociales y la puesta en marcha de una nueva lógica del desarrollo socio-ecológico.

\* En el ámbito empresarial, concederemos beneficios fiscales especiales a las cooperativas que verifiquen ciertos requisitos socioecológicos: organización no jerárquica de la empresa, remuneración igualitaria, métodos de producción y productos ecológicamente compatibles. Nuestro objetivo, realista y realizable, es una sociedad cuyo impacto sobre la biosfera no sea sino una pequeña fracción del insostenible impacto actual, y que goce de elevados niveles de bienestar distribuidos con equidad.

\* Los impuestos sobre el consumo, y en especial el IVA, han de ser modulados ecológicamente: IVA cero para los bienes y servicios ecológicamente benignos, tipos altos para lo que sea ecológicamente dañino. Además proponemos introducir reducciones especiales en el IVA para los bienes y servicios consumidos localmente, para favorecer así el desarrollo de economías locales autocentradas

\* Lo más importante es el precio de la energía. No hay posible reconstrucción ecológica de la sociedad industrial sin pagar por la energía precios más altos de los que estamos acostumbrados a pagar. Por ello proponemos introducir un impuesto sobre la energía primaria que gravará los combustibles fósiles (proporcionalmente a sus emisiones de CO<sub>2</sub>) y la electricidad de origen nuclear, así como -en menor medida- la energía hidroeléctrica procedente de grandes embalses; mientras que no gravará en absoluto las energías renovables.

\* Proponemos, además, gravar con impuestos y tasas ecológicas los vehículos automóviles (modulando el tributo de acuerdo con el consumo de energía y las emisiones contaminantes de cada modelo); el

tráfico de mercancías por carretera; el nitrógeno, como componente de los abonos químicos de síntesis; la basura doméstica no clasificada (después de la generalización de programas de reciclado integrales en todos los pueblos y ciudades); los residuos y emisiones industriales; los envases no reutilizables; la propaganda comercial, diferenciadamente según los objetos anunciados (en muchos casos será preferible la prohibición); el agua extraída de las capas freáticas subterráneas; y ciertos productos químicos básicos (por ejemplo cloro, flúor, fósforo, metales pesados, etc) o derivados (herbicidas, disolventes, detergentes, etc).

\* En muchos de estos casos habrá que aplicar tasas finalistas, cuyo importe se destinará íntegramente a ciertos programas de inversión, subvención o investigación que persigan las necesarias mejoras ecológicas y sociales. Por ejemplo, los ingresos procedentes de la tasa ecológica sobre automóviles y del impuesto sobre carburantes se destinarán al abaratamiento de las tarifas del transporte público y la inversión en redes ferroviarias y de transporte de cercanías.

\* La cuantía de los nuevos impuestos y tasas ecológicas se calculará con el objetivo de disuadir eficazmente de los comportamientos y consumos antiecológicos; pero han de ofrecerse al mismo tiempo alternativas a estos comportamientos y consumos. La introducción gradual de impuestos y tasas ecológicas debe ser simultánea a la mejora de la infraestructura social y ecológica, para garantizar que la sociedad en su conjunto, y especialmente los grupos de bajos ingresos, no sufren merma en su calidad de vida. Por ejemplo, la introducción de los impuestos sobre la energía debe ir de consuno con la mejora de las redes de transporte público (en especial ferrocarriles y tranvías), la construcción de un parque público de viviendas de alquiler energéticamente eficientes, y subvenciones para abaratar los aparatos domésticos y los sistemas de calefacción energéticamente más eficientes, así como para mejorar el aislamiento térmico de los hogares.

\* En coherencia con nuestro talante descentralizador, pensamos que las Haciendas autonómica y local han de recibir una proporción mayor de los tributos recaudados por el Estado: los niveles de la Administración situados más cerca de los ciudadanos deben de conocer mejor los deseos y necesidades de éstos. Ello no ha de suponer merma de la función redistribuidora de la riqueza (a nivel tanto nacional como internacional), ni de la provisión de bienes y servicios públicos de nivel homogéneo en todo el territorio.

\* Es necesario crear importantes fondos internacionales, nutridos por las aportaciones financieras de los países ricos entre los cuales se encuentra España, para ayudar a los países pobres del Sur en la transición hacia un modo de producción ecológicamente sustentable.

\* En la perspectiva de una democracia participativa, debe favorecerse la autoorganización democrática de la sociedad civil y reestructurar la vida pública incrementando la participación desde abajo. Por esta razón, proponemos facilitar la conversión voluntaria de una parte de los impuestos sobre la renta personal en financiación para las organizaciones no gubernamentales de declarada utilidad social y ecológica: organizaciones de cooperación Norte/Sur, grupos ecologistas, iniciativas culturales, proyectos feministas y alternativos, etc. Proponemos también introducir la posibilidad de pagar una parte de los impuestos municipales con trabajo en tareas de utilidad social y ecológica, desde la repoblación forestal con especies autóctonas a la enseñanza de las lenguas peninsulares a los inmigrantes o la cooperación con los países del Sur.

\* Para concluir esta sección del programa sin que pueda tachárenos de ingenuos: sabemos que cualquier reforma tributaria que mejore verdaderamente la posición relativa de los trabajadores y del

medio ambiente a expensas de la del capital exige un cambio en las relaciones de poder y de propiedad. Pues la distribución de la carga tributaria no es ni un problema técnico ni un problema de mayorías democráticas en un sistema parlamentario, sino que refleja las relaciones de poder reales, y las luchas sociales pasadas y presentes. Mientras no exista un grado apreciable de control social sobre el aparato productivo, los propietarios de los medios de producción dispondrán de múltiples posibilidades de esquivar su carga tributaria, desplazándola hacia otro lugar (modificaciones de precios, especulación financiera, economía sumergida, "dinero negro", evasión de capitales, huelga de inversiones, etc). Somos plenamente conscientes de que una mayor justicia tributaria exige un grado mayor de democracia económica.

Jorge Riechmann  
Acció Ecologista

## Ecología y economía: un problema de percepciones

ENRIK TELLO

Es indudable que la percepción pública de los problemas ecológicos ha dado un salto importante en los últimos tiempos. Sin embargo, ni los medios de comunicación que recogen ahora más y mejor información medioambiental, ni las fuerzas políticas y sindicales de la izquierda, ni tampoco la mayoría de la consciencia crítica intelectual que ha resistido el vendaval neoliberal de la última década, parecen haber tomado buena cuenta de la profunda raíz común que une la crisis ecológica con la crisis económica. Ecología y economía se ven aún como dos universos separados y contradictorios. Tanto si se encaminan hacia una mejor calidad de vida, como si esbozan un horizonte de austeridad material por el sentido de la medida que comportan, las demandas ecológicas se consideran en íntimo conflicto con unas necesidades económicas siempre más apremiantes. El desafío ecológico ha aumentado su presencia, pero no hasta el punto de poner en cuestión el primado de lo económico.

El paro es, en nuestros países desarrollados del Norte, la primera prioridad entre las preocupaciones de la opinión pública. En las encuestas, las cuestiones medioambientales aparecen siempre varios renglones más abajo. Eso es indudable, y resulta comprensible si se trata de establecer una ordenación entre distintos problemas tomados por separado. Pero ¿se trata de problemas que están realmente separados? Esa es la primera pregunta que debería hacerse cualquier fuerza política o sindical con voluntad transformadora, y cualquier consciencia crítica que quiera profundizar algo más en el conocimiento de la realidad.

Los análisis económicos convencionales siguen considerando el problema del paro sólo en relación al crecimiento económico. Puesto que las demandas ecológicas tienden a cuestionar ese crecimiento, entran en conflicto con lo

que parece ser la principal solución al problema del paro. Si se acepta esto, la conclusión política es obvia: para conseguir una situación de pleno empleo hay que reclamar políticas económicas expansivas que relancen el crecimiento económico, aunque eso pueda comportar algunos efectos indeseables en lo ecológico. No queda más remedio que aceptarlo, puesto que las demandas ecológicas están en un orden de preferencia inferior. Todo lo más, se trata de introducir algunos correctivos que palien el «impacto ambiental» correspondiente.

Las ambigüedades del llamado «desarrollo sostenible», tomado como concepto-comodín, permiten darle muchas vueltas retóricas a ese bombo. Pero no resuelven en absoluto el conflicto íntimo entre ecología y economía, ni los desencuentros que de ahí se derivan entre movimientos sociales que priorizan demandas sociales distintas. El sindical y el ecologista, sin ir más lejos. Los puntos de conflicto abierto que aún subsisten entre el movimiento verde y las fuerzas de izquierda en nuestro país tienen coordenadas y nombres distintos. Pero tanto si se trata del desvío del río Llobregat como de las incineradoras de Valdemingómez, de Solvay en Martorell, de la Zona Franca de Barcelona, de los cañones de nieve de Navacerrada, del cierre de la M-30 en Madrid o del cuarto cinturón en la comarca catalana del Vallès; de los ajustes de plantilla en la fábrica de armas de Santa Bárbara o del futuro de la industria automovilística, todos ellos reproducen siempre el conflicto de prioridades que se deriva de la consideración del paro y el medio ambiente como dos problemas separados.

Ese conflicto salta del plano local al general cuando la principal propuesta política y sindical de la izquierda para el problema del paro consiste en reclamar una política económica expansiva de corte más o menos keynesiano. Sin embargo, dado el grado alcanzado en la internacionalización de las economías, incluso los análisis económicos más convencionales empiezan a reconocer que la aplicación sin más de políticas expansivas keynesianas para hacer frente a una crisis de demanda pueden transferir hacia afuera buena parte de su impulso, aumentando el endeudamiento exterior en lugar de la ocupación interior. Además, dada la búsqueda constante de ganancias de productividad «pasivas» por parte de los inversores privados (cuando no desvían sus fondos hacia la especulación), el aumento de la producción y el incremento de la capacidad instalada que se emplea efectivamente se logran a menudo con el mismo número de horas de trabajo pagadas, de modo que la expansión de la demanda interna de consumo e inversión no se traduce nada automáticamente en creación neta de empleo.

Si los análisis y las propuestas de la izquierda se siguen moviendo dentro de la contraposición tradicional entre recetas neoiberales y recetas keynesianas

para conseguir relanzar otra vez el crecimiento económico, resulta imposible salir de ese círculo vicioso. En momentos de fuerte recesión como el actual, incluso los principales centros de poder económico estarán dispuestos a resucitar momentáneamente el fantasma de Keynes, con su irónica sonrisa. Pero sólo para volverlo a enterrar de nuevo en cuanto la «brecha» entre producción potencial y producción efectiva se haya reducido un poco: lo bastante para que el gran «coco» de la inflación y de la competitividad internacional vuelvan a ser sus preocupaciones principales. De ese modo parece sumamente improbable que en el próximo futuro llegue a mantenerse una situación de pleno empleo por tiempo suficiente para inducir otra vez los cambios culturales y de comportamiento colectivo que durante la pasada «época dorada» del capitalismo, entre 1950 y 1973, propiciaron la emergencia de una gran ola de contestación social.

Pese a ello, el movimiento de vaivén entre un keynesianismo pasado por agua para los momentos de mayor caída de la demanda, y un monetarismo puro y duro para lograr «desinflaciones competitivas» en cuanto ésta se recupere, sigue alimentando en la izquierda la tentación de apostar, por la primera aunque sólo sea «tácticamente»: es decir, para intentar cambiar la correlación de fuerzas que ha generado «la larga noche neoliberal». Desde un punto de vista analítico esa posición está sólidamente argumentada por autores postkeynesianos de izquierdas como Bowles, Gordon, Weisskopf, Edwards, Glyn, David Anisi y muchos otros.<sup>1</sup> En el plano teórico e histórico ese cruce de los análisis postkeynesianos y marxistas, como el que se da entre muchos economistas radicales americanos, resulta intelectualmente muy fértil. Pero, por desgracia, su punto flaco es justamente la ignorancia de la dimensión ecológica, o su relegación a una cuestión menor. No se toman en serio que, para decirlo al modo de James O'Connor, el desarrollo del capitalismo industrial ha hecho emerger «una segunda contradicción» ecológica que resulta tan central en sus conflictos como la «primera contradicción» capital-trabajo.

Por lo que hace a la «primera contradicción», parece claro que nos encontramos ahora en una crisis recesiva de demanda, creada por las políticas neoliberales de la década anterior. Sin embargo, esa crisis coyuntural de demanda se inscribe dentro de una larga onda recesiva de «oferta» abierta desde principios de los setenta. Por eso las fórmulas keynesianas pueden servir efectivamente para salir de una recesión coyuntural provocada por la

1. Samuel Bowles, David M. Gordon y Thomas E. Weisskopf, *La economía del despilfarró*, Alianza Universidad, Madrid, 1989, y *Tras la economía del despilfarró*, Alianza Universidad, Madrid, 1992; David Anisi, *Trabajar con red. Un panfleto sobre la crisis*, Alianza Universidad, Madrid, 1988; Jesús Albarracín, David Anisi y otros, *La larga noche neoliberal. Políticas económicas de los 80*, Icaria, Barcelona, 1993.

caída de la demanda, pero sólo para tropezar al cabo de poco con la omnipresente crisis de oferta que el capitalismo de la segunda revolución industrial arrastra desde el fin de su «edad de oro». Esa etapa dorada acabó, más o menos, entre 1968 y 1973, entre las «cenizas de mayo» y el primer *shock* del petróleo. Pues bien, ya entonces emergieron por vez primera juntas la consciencia de la crisis ecológica planetaria y la percepción de que el capitalismo industrial entraba en una nueva etapa de crisis «de fondo». Recordemos la cronología:

1962	Lucha por los derechos civiles de los negros norteamericanos	Rachel Carson publica <i>Primavera silenciosa</i>
1966	Escalada en Vietnam	Barry Commoner publica <i>Ciencia y supervivencia</i> Kenneth E. Boulding publica <i>La economía de la nave espacial Tierra</i>
1968	El movimiento estudiantil y contra la guerra del Vietnam culmina en el «mayo francés»	Paul y Anne Erlich publican <i>La bomba demográfica</i>
1969	Ofensiva sindical Escala móvil de salarios en Italia	Se funda la organización <i>Amigos de la Tierra</i>
1971	Crisis del dólar La inflación supera ya el 5 % anual en los países de la OCDE	Barry Commoner publica <i>El círculo que se cierra</i> Nicholas Georgescu-Roegen publica <i>La ley de la entropía y el proceso económico</i> Se funda <i>Greenpeace</i>
1972	La inflación supera el 6 % anual en los países de la OCDE	Naciones Unidas convoca la primera conferencia mundial sobre el Medio Ambiente en Estocolmo El Club de Roma publica <i>Los límites del crecimiento</i> The Ecologist publica el <i>Manifiesto por la supervivencia</i>
1973	Primera crisis del petróleo Se funda la Comisión Trilateral	Se publica en Holanda el <i>Debate sobre el crecimiento</i> E.F. Schumacher publica <i>Lo pequeño es hermoso</i>



1974	La inflación supera el 10 % anual	El Club de Roma publica <i>La Humanidad en la encrucijada</i>
1975	Se dispara el déficit público en los países de la OCDE. Fuerte caída de los beneficios La Comisión Trilateral publica <i>La crisis de la democracia</i>	
1976	Se dispara la deuda externa del Tercer Mundo	Barry Commoner publica <i>La escasez de energía</i> Nicholas Georgescu-Roegen publica <i>Energía y mitos económicos</i>
1977		Herman E. Daly publica <i>La economía en estado estacionario</i>
1978	El paro llega al 5 % de la población activa en la OCDE	Kenneth E. Boulding publica <i>Ecodinámica</i>
1979	Segunda crisis del petróleo La OTAN toma la «doble decisión» de desplegar los euro-misiles	Congreso programático de <i>Los Verdes</i> alemanes ( <i>Die Grünen</i> ) en Offenbach

Sólo un entumecimiento agudo del materialismo histórico puede haber impedido a la conciencia crítica de la izquierda percibir la profundidad «epocal» de esa sincronía. Si nos la tomamos en serio, deberíamos hurgar entonces en la interrelación entre esa crisis económica «de fondo» y la crisis ecológica. La profunda crisis «de oferta» se inscribe en la «segunda ruptura» industrial experimentada por el capitalismo industrial —para decirlo con la expresión de Piore y Sabel—, de una magnitud muy superior a la que sobrevino entre 1870 y 1910 con el agotamiento del haz de tecnologías de la llamada primera revolución industrial (máquina de vapor, era del carbón, ferrocarril y navegación a vapor, fábrica prefordista).<sup>2</sup> Pues bien, ese planteamiento histórico-económico, utilizado por Piore, Sabel, Marglin, Schor, Lipietz, Glyn y muchos otros autores para explicar el fin de la «edad de oro» del capitalismo (1950-1971/73),<sup>3</sup> debe combinarse a mi modo de ver con el de Barry Commoner y

2. La obra clásica sobre esa primera ruptura sigue siendo la de David S. Landes, *The Unbound Prometheus* (traducida al castellano con el insulso título de *Progreso tecnológico y revolución industrial*, Tecnos, Madrid, 1979).

3. Michael J. Piore y Charles F. Sabel, *La segunda ruptura industrial*, Alianza Universidad, Madrid, 1990; Charles F. Sabel, *Trabajo y política. La división del trabajo en la industria*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985; Stephen A. Marglin y Juliet B. Schor (eds.), *The Golden Age of Capitalism. Reinterpreting the Postwar Experience*, Clarendon Press, Oxford, 1990.

otros clásicos de la ecología política que *atribuyen precisamente a ese segundo haz de tecnologías sucias* de la era fordista —intensivas en energía y residuos— buena parte de la responsabilidad de la crisis ecológica planetaria.<sup>4</sup>

Creo que vale la pena darse cuenta de un dato político-cultural muy interesante: la forma ecologista de desarrollar una crítica teórica y práctica del capitalismo consiste principalmente (aunque no sólo, también alcanza otras dimensiones culturales y espirituales) en criticar sin contemplaciones la *civilización material* del capitalismo en su fase actual de desarrollo. El lado fuerte de los ecologistas es el conocimiento concreto y preciso de lo que Commoner llama *tecnosfera* capitalista: la crítica radical, a partir de criterios ecológicos y sociales, de los procesos productivos, de sus productos y subproductos, proponiendo alternativas igualmente precisas y concretas. En cambio, una de los flancos más débiles del acervo crítico de la izquierda tradicional, que ha concentrado su atención en las relaciones sociales distributivas *después* del acto de la producción misma (y *antes* del acto de consumo que cierra el flujo de la renta y el flujo de los residuos que vertimos al medio), es justamente éste. Por eso ahora, cuando necesitamos encontrar alternativas al agotamiento del modelo de producción fordista que sean ecológicamente sostenibles y equitativas desde el punto de vista social, la debilidad tradicional de la izquierda clásica en ese terreno necesita como agua de mayo aprender del ecologismo y beber de sus fuentes para poder articular algo más que la mera invocación de políticas fiscales expansivas.

Esas políticas fiscales expansivas funcionaron «bien» —para el capital, y subsidiariamente para las capas trabajadoras del Norte, a costa de las poblaciones del Sur y los recursos del planeta—, desde el punto de vista económico estricto (y estrecho), cuando la difusión del haz de tecnologías *sucias* y derrochadoras de la etapa fordista tenía aún la capacidad de aumentar plétoricamente la productividad de todo el aparato productivo. Ahora ese modelo sólo puede crecer por extensión, «exportándose» a territorios que, como China o los dragones del extremo oriente, están aún en etapas previas del «modo de producción» industrial. Que el mismo ciclo se repita en otras partes del mundo *del mismo modo* encierra un peligro ecológico tremendo, espantoso. Sólo pensarlo debería hacernos redoblar el esfuerzo para abrir un atajo tecnológica y socialmente distinto. Pero, por lo que hace a nosotros, en el Norte, debería estar claro que ese modelo está ya agotado. Si la izquierda se limita a pedir políticas expansivas tradicionales de corte keynesiano, sin más, estará de hecho propiciando esa «colonización» extensiva hacia afuera de un modelo fordista caduco. Seguirá, en definitiva, prisionera de la lógica del capital sin abrir una salida propia y distinta a la presente crisis de la civilización industrial.

4. Barry Commoner. *En paz con el planeta*, Crítica, Barcelona, 1992.

Con eso no quiero negar el interés de discutir posibles alternativas «tácticas» de signo keynesiano, para construir alianzas sociales capaces de hacer frente a la hegemonía neoliberal. He argumentado en esta misma revista que, a mi modo de ver, en nuestro continente existe un pequeño margen para un cierto ecokeynesianismo.<sup>5</sup> Pero a estas alturas del siglo plantearse opciones programáticas mínimas de ese tipo sólo tiene sentido si son propuestas verdaderamente ecokeynesianas, que se tomen en serio la centralidad de la «segunda contradicción». El movimiento ecologista está generando multitud de propuestas de ese tipo que, si nos las miramos desde una cierta distancia, son de hecho indistintamente ecokeynesianas o ecosocialistas según el marco general de correlación de fuerzas en las que se lleguen a abordar: el Plan Energético Alternativo y la propuesta de Ley del Sector Eléctrico de AEDENAT-IU, el plan de fomento de la energía eólica de AEDENAT-CCOO-UGT, etc.<sup>6</sup> También las propuestas de ecotasas, o de reparto del trabajo, mantienen esa ambivalencia. Pueden ser ecokeynesianas o ecosocialistas, según y como.<sup>7</sup>

En definitiva: el discurso de la izquierda, incluido el de la izquierda sindical, anda seco de propuestas concretas e imaginativas porque ha mirado demasiado poco al «modo de producción» y a sus interrelaciones con la «cultura del consumo de masas», a hurgado demasiado superficialmente en la cultura material y espiritual del capitalismo histórico. Paradójicamente, ha sido a la vez demasiado y demasiado poco materialista en sus análisis. Concentrar la visión en el árbol de las relaciones de propiedad, y en el reparto de la tarta del ingreso, le ha impedido ver otros árboles del bosque. Puede que incluso otras partes del mismo árbol, como las raíces, las hojas y las yemas. Por eso es ahora tan importante recoger las propuestas programáticas que provienen del movimiento ecologista y se dirigen a concretar en qué puede consistir esa «tercera revolución industrial» verde, basada en las tecnologías limpias, el

5. Jorge Riechmann y Enric Tello, «¿Ahora todos somos ecologistas? (Sobre la verosimilitud del capitalismo verde y la necesidad de no quedarse cruzado de brazos)», *Mientras tanto*, nº 49, 1992, pp. 8-12; Enric Tello, «Después de Río: la producción limpia y sus adversarios», *Mientras tanto*, nº 51, 1992, pp. 31-39.

6. Jorge Riechmann, «Necesitamos programas alternativos de alcance medio», *Viento Sur*, nº 2, 1992, pp. 69-79; Enric Tello, «Negativos: cuando el ahorro no significa penuria», *Mientras tanto*, nº 44, 1991, pp. 29-37; «Energías sucias, energías limpias», *Mientras tanto*, nº 47, 1991, pp. 59-82. Los documentos de AEDENAT, CCOO y UGT, «Una propuesta para el desarrollo de la energía eólica», enero de 1992, y de AEDENAT e IU «Una propuesta alternativa para el sector eléctrico», 1994, pueden solicitarse a la Asociación Ecologista de Defensa de la Naturaleza (Campomanes 13, 28013 Madrid, tel. 5411073, fax 5717108).

7. Jorge Riechmann, «Tasas e impuestos verdes: una herramienta de política ecológica», *Mientras tanto*, nº 49, 1992, pp. 63-84; Jorge Riechmann y Enric Tello, «Trabajar menos: para trabajar todos y para transformar la sociedad», *Mientras tanto*, nº 35, 1988, pp. 25-43.

reciclaje y las energías renovables.<sup>8</sup> Lo cual, a su vez, supone adecuar el discurso económico general de los sindicatos y de la izquierda política a la centralidad de la dimensión ecológica.

Para esta segunda parte es importante tener presente la importancia de los conceptos que se convierten en ideas-fuerza. Una fórmula posible para intentar articular propuestas «de alcance medio», indistintamente ecokeynesianas o ecosocialistas, consiste en «calificar selectivamente» el discurso sobre política económica. Cada vez que se reclame una "política industrial activa", se precisará que debe ser "verde". Cada vez que se propugne una política "expansiva del gasto público", o un "plan de inversiones en infraestructuras", habrá que añadir: "ecológica y socialmente orientadas". Eso sería lo mínimo que a estas alturas deberíamos exigir del discurso político de los sindicatos, o de cualquier fuerza de izquierda no obsoleta. Pero todos y todas sabemos que transformar *ideas centrales* de sustantivos en calificativos conlleva el peligro de que se conviertan en latiguillos secundarios que poca gente se toma realmente en serio.

Por eso yo propondría dar la batalla por las ideas y los conceptos en otro terreno. Si lo pensamos bien, nadie desea realmente que se relance el «crecimiento económico», que aumente el sacrosanto Producto Interior Bruto, o que haya «una política fiscal expansiva». Lo que la gente quiere, y a lo que los sindicatos y las fuerzas de la izquierda verde estamos obligados a dar respuestas concretas, es *la existencia de puestos de trabajo* que sean dignos desde el punto de vista de la remuneración, las condiciones contractuales, y las condiciones de producción. Si creemos de verdad que en una situación como la actual ni las recetas expansivas tradicionales garantizan un crecimiento económico interno, ni un crecimiento económico interno garantiza la creación de nuevos puestos de trabajo para la gente, lo que hay que decir y hacer es otra cosa. Hay que decir la verdad, y *proponer directamente políticas activas de creación de puestos de trabajo en actividades ecológica y económicamente sostenibles*. De momento quien tiene una «cartera de proyectos» viables más interesante para eso es el movimiento ecologista. Las respuestas al «cómo» es su lado fuerte.

Evidentemente cualquier respuesta a la pregunta sobre el «cómo» abre directamente otra pregunta sobre el «quién». En cuanto propones un proyecto

8. Habría que incluir ahí, cuando hablamos de presupuestos del Estado, los «dividendos de la paz» que pueden proporcionar el cambio de modelo de defensa y la reconversión de la industria de armamentos. A propósito: las pancartas de la sección sindical de CCOO de Santa Bárbara pidiendo seguir fabricando armas (para el Tercer Mundo, como cualquiera sabe) ha sido en mucho tiempo la herida más profunda que hemos sentido muchas personas ecopacifistas en nuestra alma de afiliados al mismo sindicato de CCOO.

tecnológico y económico concreto (inversiones en energía eólica, en un plan ferroviario global, en una empresa pública de ahorro energético, en sistemas de ahorro y reutilización del agua, en circuitos municipales y cooperativos de reciclaje, etc.) aparece enseguida el conflicto entre las demandas sociales y el poder omnimodó de la inversión privada transnacional, o de ciertos monopolios internos como las compañías eléctricas. Y es ahí donde hay que profundizar en el discurso y en las propuestas globalizadoras. Una forma de salir de la lógica dominante consiste en defender abiertamente (y concretamente) la «domesticación del capital». Para eso el «repaso» constante del movimiento ecologista a la civilización material del capitalismo también ofrece algunas respuestas.

Veamos algunos ejemplos. El discurso sindical y de la izquierda tradicional se lamenta constantemente de los nefastos resultados sociales del proceso de internacionalización del capital, pero le cuesta encontrar propuestas que frenen o inviertan ese proceso. Pues bien, sólo unos cuantos aumentos del precio de los combustibles fósiles, que los acercara un poco a sus costes ambientales y sociales reales, sería un freno eficacísimo al proceso de deslocalizaciones en curso. ¿Puede alguien imaginarse a una de esas industrias textiles flotantes, con mano de obra semiesclava a bordo, que producen en alta mar camino de los mercados del Norte, que en lugar de motores que consumen grandes cantidades de gasoil barato estuviera propulsada por turbovelas como las del barco energéticamente eficiente inventado por el comandante Cousteau?

Otro ejemplo: sólo una legislación que obligara a todas las bebidas a comercializarse en botellas de vidrio reutilizables, con idénticos formatos homologados para todas ellas, obligaría a las multinacionales de la alimentación a invertir en plantas embotelladoras locales de radio más corto, y pondría una barrera de entrada que protegería a las pequeñas y medianas empresas que fabrican bebidas compitiendo con las transnacionales.<sup>9</sup>

Una de las dimensiones de la «domesticación del capital» es justamente la defensa de las pequeñas empresas locales, y especialmente de las de un «tercer sector» total o parcialmente desvinculado de la lógica del beneficio (sociedades anónimas laborales, cooperativas, talleres o explotaciones agrarias familiares, etc.). Si se cogen los datos de inversión o facturación y se comparan con los de ocupación está claro que las grandes empresas concen-

9. Dinamarca ha introducido ya una normativa así para las bebidas alcohólicas, los refrescos y los zumos. Las grandes empresas denunciaron esta normativa ante los tribunales de la Comunidad Europea por considerarla una barrera proteccionista, pero las sentencias fueron favorables a la norma danesa. Recientemente este mismo país ha prohibido el uso de PVC (policloruro de vinilo) para embotellar bebidas.

tran el poder de decisión, pero crean mucho menos empleo directo por unidad de inversión que las pequeñas y medianas. Muchas medidas propuestas por los y las ecologistas pueden ayudar a estas segundas, que son las grandes creadoras y mantenedoras de empleo, a «desengancharse» de su dependencia de las primeras.

Todos esos ejemplos muestran la viabilidad y el interés de construir un propuesta de política económica alternativa, que se aparte de verdad de los enfoques y los instrumentos keynesianos tradicionales orientados a combatir el paro y la escasez de demanda agregada relanzando el crecimiento económico en un sólo país. La «sonrisa de Keynes» tenía muchas facetas, y su obra ha dado origen a líneas de pensamiento también muy distintas. Como cualquier clásico, puede tener aún muchas cosas que enseñarnos: tanto el Keynes bisexual y objetor de conciencia, cuyo nombre se recuerda en la fachada de un *crescent* de Bloomsbury donde vivió Virginia Woolf, como el que advertía que debajo de cada lugar común del discurso político yace el cadáver de algún economista muerto. Pero a condición de que sepamos, como ha escrito David Anisi, que «la sabiduría y la intención de nuestro hoy superan aquellas propias de Keynes y de su tiempo».<sup>10</sup> Queda aún mucha tela por cortar en esa discusión, y en el esbozo tentativo de una política económica para una nueva izquierda verde. Espero que, mientras tanto, estas breves notas sirvan para algo.

10. David Anisi, «La sonrisa de Keynes», en Jesús Albarracín y otros, *La larga noche neoliberal*, op. cit., p. 298.



## PROBLEMAS ENERGETICOS DEL ESTADO ESPAÑOL

Durante las últimas décadas, el consumo de energía en el Estado Español ha experimentado un constante aumento, sólo frenado durante el periodo 1979-1983, en que la subida del precio del petróleo invierte la tendencia. La mayor parte del consumo se realiza en los sectores industria y transporte, este último en rápido crecimiento. Todos los demás usos, residencial y servicios básicamente, requieren un 30 % de la energía final.

En primer lugar hay que señalar que estos usos energéticos se producen con un rendimiento muy pobre, la energía que requiere la producción de una unidad de PIB es hasta ocho veces superior al de la media de la CE. En gran parte se debe a la tardía reacción ante la crisis del petróleo, que en otros países condujo a una mejora de la eficiencia, y también a la existencia de industrias de alto consumo energético.

Además el sistema energético español es muy poco autónomo. Como se observa en el cuadro siguiente, la generación de energía primaria está dominada por el petróleo (aproximadamente la mitad dedicado al transporte), casi en su totalidad procedente del exterior. En conjunto, el 69% de la energía primaria se produce con combustibles fósiles importados.

CONSUMO DE ENERGIA PRIMARIA

(MTep)	1985	1994	2000*
Carbón	19.70	17.71	22.90
Petróleo	38.10	52.33	44.00
Gas Nat.	2.35	6.48	8.80
Nuclear	9.49	14.41	13.39
Hidroelec	2.39	2.42	3.41
Renovabls	2.30	4.10	3.00
TOTAL	74.33	93.74	95.50

\*Demanda tendencial según el Plan Energético oficial

La muy alta participación de la energía nuclear (un 36% de la generación eléctrica, porcentaje sólo superado por Francia y Bélgica) no contribuye a paliar la situación de dependencia, pues el enriquecimiento isotópico del uranio, etapa clave del ciclo nuclear, se realiza fuera del estado. En cambio, ha conducido a un fuerte endeudamiento del sector eléctrico (superior a la deuda externa de Venezuela, unos 4 billones de pts), y a un legado de residuos radiactivos que ya alcanza unos 20.000 m<sup>3</sup> de baja y media actividad y 1500 Tn de residuos de alta.

Entre las limitadas fuentes convencionales de energía autóctona destaca la hidroeléctrica, aunque con un nivel de aprovechamiento de sólo un 50% de su potencial, genera un 17% de la producción eléctrica (1994). La variable pluviosidad de la península y el papel prioritario concedido a la generación nuclear tienden a que esta

energía se emplee principalmente para el abastecimiento de las puntas de la curva de carga. En los Planes Oficiales se busca aumentar la potencia regulable mediante la construcción de nuevos embalses y la disminución de horas de funcionamiento.

El carbón es un recurso propio pero de escasa calidad. Está formado por lignitos negros y pardos de altos contenidos de azufre y bajo poder calorífico. Se importan hullas y antracita hasta cubrir el 30% del consumo. El principal uso del carbón es la generación termoeléctrica.

La política minera comunitaria obliga a una reconversión del sector, que se está llevando a cabo con subenciones por material no extraído pero sin medidas de mejora de la calidad técnico-económica de las explotaciones viables, ni promoción de actividades industriales sustitutivas.

Con la combustión de carbón está inevitablemente relacionada la lluvia ácida, pues su contenido en azufre es generalmente mayor que en otros combustibles. También las fracciones pesadas de petróleo pueden producir cantidades notables de SO<sub>2</sub>. Y dependiendo de las condiciones de combustión, más que de la materia prima, se forman también óxidos de nitrógeno, otro de los causantes principales de las lluvias ácidas.

Pero sin duda uno de los problemas más graves derivados de la combustión es el dióxido de carbono, CO<sub>2</sub>, cuya concentración creciente en la atmósfera puede desembocar en la alteración sustancial del clima. El estado español emite 58.17 MTn de carbón anuales, se estiman 1.5 Tn per cápita incluyendo los incendios forestales, superior a la media del planeta, 1.1 Tn por habitante. El gobierno pretende que está en su derecho de aumentar las emisiones de CO<sub>2</sub> en un 15% más.

Dentro de los combustibles fósiles la relación de generación de CO<sub>2</sub> por unidad de calor producida es máxima para el carbón y mínima para el gas natural (además prácticamente exento de azufre). Es un combustible con claras ventajas ambientales pero poco utilizado en nuestro país, en la CE su contribución a la generación de energía primaria alcanza el 18%, frente a un escaso 5% en nuestro sistema energético.

El papel de las energías renovables es marginal, su contribución al consumo de energía primaria es apenas un 4% actualmente. Las barreras a su desarrollo son los precios ilógicamente bajos de los combustibles convencionales, la preferencia de las empresas del ramo por la generación masiva y centralizada, falta de infraestructura técnica, industrial y comercial, y muy escaso nivel de información del consumidor.

En el cuadro siguiente se expone su participación en el consumo de energía primaria y la generación de electricidad (datos de 1994).

RECURSO (Datos 1994)	E. primaria (Ktep)	Electricidad (GWh)
Minihidráulica	220.70	2566.30
Biomasa	3758.30	—
Eólica	15.15	176.20
Solar Fotv.	0.88	10.30
Solar Térmica	44.00	
Geotérmica	3.40	

La mayor parte corresponde a la biomasa, dada la multitud de recursos y aplicaciones que se incluyen en este concepto, seguida a gran distancia por la minihidráulica que es la de mayor participación en generación de electricidad. El potencial eólico, que supera



ampliamente el consumo energético del país, está prácticamente desaprovechado, a pesar de que sus costes son casi competitivos con las energías convencionales.

#### TRANSFORMACION DEL SISTEMA ENERGÉTICO ESPAÑOL

La dimensión de los problemas ambientales en este fin de siglo pone en evidencia que no es de producción y consumo de energía instalados en las sociedades desarrolladas. La contribución del estado español al calentamiento terrestre, acumulación de residuos radiactivos, lluvias ácidas y despilfarro de recursos es más que significativa.

Estamos moralmente obligados a cambiar nuestro sistema energético en otro menos lesivo con el medio y más racional en el uso de recursos. Esta transformación tiene que apoyarse en dos pilares fundamentales: ahorro en el consumo de energía y modificación de la oferta energética.

Rara vez se asocian los servicios que presta la energía (alumbrado, desplazamiento, calefacción,..) con las minas de carbón, pozos petrolíferos, o las centrales eléctricas, tan contaminantes. Es prioritario informar y concienciar a la sociedad. Por otra parte no es posible mantener una política de ahorro con precios energéticos a la baja. Los precios de la energía deben reflejar todos sus costes, e incluir una Tasa de Aplicación Ecológica que contribuya a la investigación y desarrollo de energías renovables.

El potencial de ahorro de las tecnologías disponibles está desaprovechado. Hay que comenzar por desarrollar una normativa medioambiental y de eficiencia más estricta, con programas de inspección que garanticen su cumplimiento y programas de financiación que faciliten la introducción de las tecnologías más eficientes.

Al mismo tiempo debe fomentarse un tejido industrial que se haga cargo del mantenimiento y puesta a punto de los servicios energéticos en edificios. Los edificios de las administraciones, que consumen cerca del 10% del total de energía del sector, deberían ser ejemplares en términos de eficiencia energética con el objetivo de que se cree una demanda inicial de equipos, instalaciones y actividades de mantenimiento.

Medidas urgentes son la imposición del etiquetado energético de aparatos eléctricos, y la sustitución obligatoria de calderas eléctricas para calefacción central por calderas de gas.

El sector transporte está en camino del primer puesto de actividades devoradoras de energía. La mejora de eficiencia en motores es un objetivo necesario, pero aun es de mayor importancia el impulso a la utilización del transporte colectivo, junto con la restricción al uso del vehículo privado (limitaciones de velocidad, zonas peatonales,...)

El reciclaje de residuos se practica en España muy por debajo de sus posibilidades reales. Deben tomarse una serie de medidas en relación con los procesos de producción, que los redirijan hacia el aprovechamiento de los subproductos propios y a la fabricación de objetos diseñados para su rehabilitación. Es necesario también desarrollar una investigación aplicada a ello. El consumidor debe ser informado del grado de reciclaje de los distintos productos, y han de ampliarse los canales de distribución para que exista una capacidad de elección efectiva. Los sistemas de recogida selectiva y de recuperación necesitan de un fuerte impulso.

Con estas medidas se podría reducir el consumo energético en un 20% respecto a las previsiones oficiales. El ahorro se convertiría así en una fuente de energía sólo superada por el petróleo en el aporte al balance global.

La oferta energética en España tiene unas consecuencias medioambientales muy severas. Debe ser modificada en el sentido de disminución de los impactos más negativos y urgentes:

- Rechazo de la producción eléctrica nuclear: Si se cerraran ya las centrales, en lugar de prolongar su funcionamiento hasta que cumplan 30 años de vida útil, se evitarían 2/3 partes de los residuos de alta actividad que legaremos a generaciones venideras.
- Reducción de las emisiones de CO2 en un 20% para el 2005.
- Disminución drástica de las emisiones de óxidos de azufre y nitrógeno.

Las medidas en que se apoya esta reorganización del sistema energético son:

- Promoción de la utilización de las energías renovables:
  - Biomasa. residuos forestales, agrícolas, ganaderos, ...Es la fuente renovable con mayores cifras de participación tanto actual como futura (3732 Ktep en el año 2000). Se trata de conseguir un aprovechamiento moderado de estos recursos estudiando en cada caso los posibles usos alternativos (reciclaje, formación de compost).
  - Minihidráulica. rehabilitación de centrales cerradas, aprovechamiento de pies de presa, cancales de riego, sistemas de abastecimiento de agua de núcleos urbanos, etc. Nuevas concesiones en función del informe de impacto ambiental. Se propone doblar el nivel de generación actual.
  - Eólica. es la renovable con perspectivas más claras de desarrollo, dado que sus costes son casi competitivos con las fuentes convencionales. Se plantea el alcanzar los 1000 MW de potencia con instalaciones en las zonas de mayor potencial eólico: Canarias, Tarifa, costa gallega y valle del Ebro.
  - Solar Térmica. se podrían instalar 1.600.000 m<sup>2</sup> de colectores antes del año 2000, que implicarían un ahorro de 105 Ktep de otros combustibles.
  - Solar Fotovoltaica. se plantea instalar 200 MW de potencia punta para el año 2000, con la perspectiva de permitir el desarrollo de un tejido industrial capaz de impulsar su crecimiento.
- Impulso a la penetración del gas natural, fundamentalmente para el consumo industrial y en edificios. Es la fuente convencional con menor impacto ambiental, y la que puede sustituir con mayor facilidad al petróleo en múltiples usos.
- Apoyo a la cogeneración, producción simultánea de calor y electricidad, tanto en industria como en edificios de servicios. El ahorro estimado en energía primaria es de un 35% respecto a los procesos convencionales.
- Sobreequipamiento de saltos hidráulicos con muchas horas de funcionamiento; Aprovechamiento eléctrico de embalses destinados a otros fines; Terminación de instalaciones en avanzado estado de construcción y renuncia a la construcción de nuevas grandes presas.

#### Referencias:

- Energía 2000, Plan Energético Alternativo, 1991
- "Desarrollo y Destrucción", Ed J.J. Damborenea, 1990
- "Vivir Mejor, Destruir Menos", AEDENAT, Editorial Fundamentos 1991
- "Energía para el Mañana", AEDENAT 1993
- Cuarto Plan General de Residuos Radiactivos, MINER 1994
- "Energía 95", Forum Atómico Español, Algor SL.

Comisión de Energía  
CODA